
9-3
LA RUTA DE LOS PANTANOS
P. DANGER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
IBAÑEZ

P. DANGER

LA RUTA DE LOS PANTANOS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

EDITORIAL VALENCIANA, 1961.

Deposito legal V. 1574 — 1961.

printed in spain

EDITORIAL VALENCIANA

Num. registro 2140 — 1961.



CAPÍTULO PRIMERO

VIAJE REGULAR

Roger Harrison, delegado en Base Tierra de la “Venus Aerotransports Co.”, tendió a Frank Brady una lista mecanografiada en una hoja impresa de plastopapel.

-Ésta es la relación de viajeros de este vuelo, Frank. Como verás, son todos gente de importancia. De categoría, diría yo. Habrá que ir con ellos con mucho cuidado. Si a alguien se le ocurre quejarse a la superioridad oficial de deficiencias en el servicio...

Frank Brady echó un vistazo a la lista. Leyó algunos nombres, y luego silbó por lo bajo.

-¡Vaya! A lo que parece, Venus se está poniendo de moda como centro de turismo.

-Sí, Frank. Antes, la gente elegante se iba a veranear a Montecarlo, a la Costa Azul, a Palm Beach, a Florida... Ahora viene a veranear aquí a

Venus. Dicen que es más... distinguido.

Brady se encogió de hombros.

-En fin, que tendremos que ir con pies de plomo para no incomodar a estos señores ¿no? Esperemos que no suceda nada.

Dobló la lista, y se la metió en el bolsillo superior de su uniforme. Luego le tendió la mano al otro hombre.

-Bien, hasta pronto. Avisaré desde Colinas mi llegada con la sintonía de costumbre. Y no te preocupes. Llevaré a estos caballeros prácticamente en bandeja.

-Eso espero -fue el lacónico comentario.

Y Roger Harrison suspiró, viendo marchar a Brady. En verdad, se dijo, había veces en que era preciso ir con mucho cuidado para no despertar las funestas iras de algún personaje de importancia a quien se le ocurría viajar de un sitio a otro de Venus. Un viajero distinguido quería decir un servicio esmeradísimo. Y esto era algo un poco difícil de conseguir en un planeta en el que, como aquél, no se disfrutaba todavía de demasiados adelantos en materia de comodidades.

* * *

Frank Brady pertenecía a la "Venus Aerotransports Co.", la única compañía que se dedicaba al transporte aéreo de pasajeros de un lugar a otro del planeta. La compañía había sido fundada hacía cinco años por Arthur Gordor, un emigrante de la Tierra repleto de ideas y vacío de dinero. En su fundación habían colaborado unos cuantos hombres, entre los cuales se encontraba el propio Frank. Cada uno de estos hombres, además de su aportación monetaria, más o menos cuantiosa, había ocupado un puesto en la recién constituida empresa, y se había lanzado a batallar sin descanso por sacarla adelante.

Brady, cuyos conocimientos lo capacitaban sobradamente para ello, había ocupado el cargo de piloto de uno de los helirreactores propiedad de la compañía. Los primeros tiempos habían sido difíciles, debido a la escasa exploración del planeta y a la poca organización existente. Pero la cosa había ido desarrollándose por sí sola, y la "Venus Aerotransports Co." había ido aumentando en importancia, de modo que ahora podía decirse de ella que era la más conocida de Venus... tal vez por el mismo motivo de ser la única existente.

Cuando se exploró por primera vez el planeta, hacía ya de ello unos ocho años, los terrestres se encontraron con un mundo muy parecido a su Tierra, pero situado apenas en la edad terciaria de ésta. La humedad era abundantísima, el agua lo inundaba casi todo, formando inmensos pantanos que ocupaban la mayor parte de la extensión del planeta, y la vegetación crecía por kilómetros. La riqueza mineral del planeta era incalculable, y esto hizo que enseguida se estableciera una base allí, que fue rápidamente bautizada con el nombre de “Base Tierra”. Luego, la expansión trajo consigo la constitución de otras colonias, como fueron Colinas, fundada por un neomejicano; Sara Beach, fundada por un hombre cuya dulce mujer se llamaba Sara..., y otras de menor importancia.

Así como el planeta fue explotado al principio tan sólo en su sentido práctico, pronto cambió la cosa. Al poco tiempo, la gente empezó a ver que visitar Venus era una experiencia notable, inolvidable y apasionante. En Venus se reunían la aventura, la emoción, la exótica belleza y el salvaje primitivismo que la Tierra había perdido ya por completo desde hacía mucho tiempo. Y esto hizo que pronto el planeta se viera invadido por una verdadera legión de turistas, sedientos de emoción y de aventuras. Y ni una ni otra faltaron en aquel lugar.

La “Venus Aerotransports Co.” fue la primera compañía de transportes fundada en el planeta, y con sede en el planeta mismo. Pronto, sin embargo, otras compañías siguieron su ejemplo, y la abundante competencia hizo que la aún modesta empresa se viera abocada al fracaso. Fracaso al que no cayó gracias a una serie de lamentables accidentes que ocurrieron por aquel entonces.

La poca organización del planeta, debida en parte a que éste se hallaba todavía en sus comienzos, hacía que cada compañía hiciera las rutas y los horarios que a ella mejor le iban, sin preocupaciones de ninguna clase. Y empezaron a desaparecer aparatos, tragados por las inmensidades de los pantanos que cruzaban. La misma desorganización hizo que el rescate de los aparatos siniestrados se hiciera imposible a tiempo de salvar a las víctimas. Los accidentes encontraron eco en los periódicos tanto de la Tierra como del planeta, y la alarma empezó a cundir. El golpe de gracia lo dio, finalmente, la desaparición de un aparato en el que viajaba el hijo del propio presidente del gobierno colonial de Venus.

En vista de ello se decidió tomar medidas drásticas para evitar la continuidad de aquel estado de cosas, y una enérgica “purga” fue organizada entre todas las compañías de aerotransportes de Venus, por aquel entonces más de diez. Los vuelos se regularon a escalas y horas previstas e inviolables, y todas las compañías transportistas fueron disueltas excepto una, la más antigua y la única que hasta entonces no había registrado ningún accidente en su seno: la “Venus Aerotransports Co.”, que desde aquel mismo momento pasó a constituir la agencia oficial del planeta, con sede principal y control de vuelos en Base Tierra.

Desde entonces, la compañía había crecido sin cesar en importancia, hasta llegar prácticamente a la cúspide. En la actualidad, tenía a su cargo más de veinte servicios, trece de ellos de pasajeros, dos oficiales, y los demás de transporte de mercancías, enlazando entre sí todas las bases constituidas en el planeta desde la fundación de la primera. Protegida directamente por el gobierno, bajo su tutela y control, no tenía nada que temer. Su porvenir estaba asegurado, y su red de servicios se iba extendiendo a medida que aumentaban las bases en el planeta. Prácticamente, y en lenguaje vulgar, podía decirse que la compañía “Venus Aerotransports Co.” había hecho su agosto.

Frank Brady se acercó a la gran explanada que, lindando con el astropuerto, servía de base a la compañía, y contempló el aparato que poco después debía conducir. Era un gran helirreactor, con capacidad para cincuenta personas, y con la carrocería enteramente de plástico transparente en su mitad superior. Desde él, la gente que efectuaba el viaje podía contemplar así una amplia panorámica del espacio que recorrían, lo que constituía un aliciente más en el viaje. Aliciente que, naturalmente, iba debidamente cargado en el importe del billete.

Frank se acercó a Charlie Shorney, su ayudante y segundo piloto, que en aquellos momentos estaba revisando el tren de aterrizaje del aparato. Le dio una palmada en la espalda.

-¿Sucede algo, Charlie?

-Nada, Frank. Solamente le estaba dando un repaso a las ruedas.

-Está bien.

Continuó su camino en dirección hacia el edificio que se destacaba a un lado de la explanada. Allí se encontraba la sala de recepción y espera de los pasajeros. En ella (una habitación cuadrada, confortablemente instalada,

repleta de divanes y sillones, y con un mueble-bar al fondo) se encontraban varias personas, leyendo, charlando, o simplemente esperando. Frank se acercó a un hombre uniformado que aguardaba al lado de la puerta principal de entrada de la sala. "Midley" Arthur[1], llamado así por su escasa estatura, el portero y encargado de la recepción de los pasajeros en la sala de espera, le saludó con un gesto.

-¿Están todos? -inquirió Frank.

El hombrecillo dijo que no con la cabeza.

-Faltan dos todavía -indicó-. Si no recuerdo mal, una de las mujeres y un hombre.

Frank consultó la lista que tenía en la mano.

-¿Clara Hayes acaso?

El hombrecillo dijo que sí.

-La misma. La de los gorgoritos. Y el otro es un tal mister Pops, creo. Un fabricante de salchichas. Un tipo gordo.

-Por supuesto. Si se llama Pops y es fabricante de salchichas, sólo puede ser un tipo gordo.

Consultó su reloj. Faltaban doce minutos para la hora fijada para el despegue. Se dirigió hacia un ángulo de la estancia, lindante con el mueble bar, y tomó un micrófono de una cajita empotrada en la pared. Lo conectó con la red general de altavoces, y se lo acercó a la boca.

-Buenos días, señores -habló. Su voz, notablemente ampliada, se difundió por toda la sala-. La compañía "Venus Aerotransports Co.", y todos sus empleados, les dan la bienvenida a nuestro servicio. Espero que se encuentren a gusto en él; éste es nuestro mejor deseo. Faltando ya pocos minutos para la hora oficial de despegue, les agradeceré se sirvan dirigirse hacia el aparato y ocupar sus asientos. Muchas gracias, señores.

Apenas terminó de hablar, los pasajeros fueron levantándose de sus asientos, dirigiéndose sin apresuramientos hacia la salida al campo. Frank cerró la conexión, y volvió a depositar el micrófono en su sitio.

-Cuando vengan los dos que faltan -indicó a Midley-, los conduces directamente al aparato. ¿De acuerdo?

-Sí. ¿Y si se retrasan?

Frank se encogió de hombros.

-Entonces no nos quedará más remedio que despegar sin ellos. Son

personas importantes, ya lo sé, pero los horarios de vuelo en Venus son muy estrictos. El reglamento dice bien a las claras que los vuelos no pueden ser retrasados.

Salió al exterior. Los últimos pasajeros acababan de subir al helirreactor, conducidos por Charlie, que les indicaba cuáles eran sus respectivos asientos. Verdaderamente, tal como había dicho Harrison, era aquel un cargamento importante. Casi todos los pasajeros pertenecían a la buena sociedad de la Tierra. Había un actor de cine, Clark Woolner, que se encontraba en Venus para rodar una película, una cantante, Clara Hayes, en viaje de vacaciones, el hijo del rey del plutonio, Roger Burton, con su recién estrenada esposa, y varias personas más, todas ellas del sector, si no aristocrático (la aristocracia hacía mucho tiempo que había desaparecido en la Tierra), sí al menos acomodadas. La mayoría se encontraba allí en viaje de placer, excepto un par que lo hacían por negocios. Con un cargamento como aquél, era preciso ir con mucho cuidado a fin de complacerlos en todo.

Sacó un cigarrillo y lo encendió, lanzando al aire una bocanada de humo. Charlie, saliendo del interior del aparato, le informó:

-Faltan todavía dos.

-Y a lo sé, ya me lo ha comunicado Midley.

Transcurrieron los minutos, y pronto se vio aparecer por la puerta de la sala de espera la figura pesada del llamado Pops. Como había dicho el menudo Arthur, era un hombre corpulento, gordo. A pesar de que todos los pasajeros estaban exentos de llevar equipaje (éste se recogía con anterioridad y se acomodaba en el aparato, por lo que ninguno de los viajeros tenía que acarrear con ningún bulto), el hombre llevaba en las manos un maletín negro, casi cuadrado, muy parecido al estuche de una máquina escritora portátil. Se acercó a la escalerilla de acceso, Frank le dio la bienvenida, y Charlie tendió su mano hacia el maletín.

-Por favor, mister Pops. Si no tiene inconveniente, lo colocaremos junto con el resto del equipaje.

El hombre hizo un gesto instintivo como de defensa hacia el maletín, contestando con una voz un poco brusca:

-No, no es necesario. Prefiero tenerlo junto a mí.

Frank y Charlie se miraron, y mentalmente cruzaron un encogimiento de hombros. Estaban acostumbrados a las rarezas de los pasajeros.

-Está bien. Si tiene la bondad de subir...

Frank consultó su reloj. Faltaban tan sólo cinco minutos para la hora del despegue. Cuando Charlie volvió a su lado, le hizo una seña.

-Sube arriba y empieza a calentar los motores. Yo esperaré un momento por si llega Clara Hayes.

Encendió un nuevo cigarrillo, esperando unos instantes. Volvió a consultar su reloj. Faltaban sólo dos minutos.

-Bueno -murmuró para sí mismo-. Me temo que la señorita Hayes se va a quedar en tierra.

Subió al aparato, y apretó el botón que retraía la escala de acceso y cerraba la puerta hermética del aparato. Por el pasillo central se dirigió a buen paso hacia la cabina de mandos...

Y cuando estaba a mitad del camino vio aparecer por la puerta del edificio de espera a Clara Hayes.

Supuso que era Clara Hayes. Se dirigía corriendo hacia el aparato, sujetándose con una mano el sombrero salacot que llevaba puesto para que no lo tirara el viento. Frank dudó unos momentos, y luego retrocedió sobre sus pasos, volviendo a abrir la puerta y bajar la escalerilla.

-Lo... lo siento -murmuró la joven al llegar al pie de la escalerilla, jadeando levemente por la carrera-. He tenido que resolver unos asuntos de última hora...

-No tiene por qué excusarse, señorita Hayes. Lo importante es que haya llegado a tiempo, de lo cual me alegro. Por favor, acomódese.

Volvió a cerrar la puerta hermética, y siguió a la joven por el pasillo. Mientras andaba, la pudo examinar a su placer. Vestía un traje de campaña de fuerte tela, consistente en botas altas, unos ajustados pantalones (la falda estaba proscrita en Venus, debido al clima), y una recia chaqueta, a modo de blusa, provista de dos pares de bolsillos de fuelle, al estilo militar. Su cabellera, rubio oro, escapaba a torrentes por debajo del sombrero. Frank recordaba aquella cabellera en los millones de fotografías de los videodiscos que corrían por la Tierra, con la voz y la figura de la cantante. Pero nunca había tenido ocasión de admirarla al natural. Y debía confesarse que era mucho más hermosa así que en ellas.

La joven llegó a su sitio y se sentó, y Frank continuó su camino hacia la cabina de mandos. Ocupó su puesto, y Charlie le pasó el contacto. Conectó

la puesta en marcha del motor principal, y luego de los reactores de las aspas. Estas empezaron a girar primero lentamente, luego con más rapidez, hasta formar un torbellino que se confundió en el azul del cielo con plateados relampagueos. Charlie tomó el micrófono interior del aparato y se lo acercó a la boca.

-Atención, señores pasajeros. Dentro de breves segundos vamos a iniciar la ascensión. Asegúrense los cinturones, y aunque sientan un ligero vacío en el estómago, no se preocupen. Son los efectos del despegue. Pasarán en cuestión de segundos.

Frank tenía las manos sobre la barra controladora de dirección, con los ojos fijos en la torre de control. Sabía que, cuando se encendiera el faro amarillo de "despegue-libre", podría iniciar la ascensión. Antes no.

Y el faro amarillo se encendió. Frank tiró hacia arriba de la palanca y el aparato, impulsado por su potente motor, se elevó verticalmente en el cielo hasta alcanzar una altura de trescientos metros. Todos los estómagos sintieron el súbito ascenso. Frank niveló el aparato, y luego lo impulsó hacia adelante, en dirección sudoeste.

El principio del viaje transcurrió normalmente. Atravesaron a moderada velocidad por sobre la aglomeración de casas de vidrio y cemento que formaban el conjunto de la población de Base-Tierra, durante un trecho viajaron sobrevolando la extensión de las tierras de labor y explotaciones, y luego, en brusca transición, se encontraron de repente viajando directamente sobre la selva virgen del planeta.

Para el que no había estado nunca en aquellos parajes, era aquél un espectáculo grandioso, magnífico y sobrecogedor. La tierra que sobrevolaban era mitad selva y mitad pantano. Los árboles y plantas trepaban allí por el aire hasta alturas inverosímiles, alcanzando a veces los ciento y los doscientos metros. El aparato, que se había remontado ahora a quinientos metros de altitud, parecía volar muy cerca del suelo, dando la impresión de que con sólo sacar la mano se podían pasar los dedos por las copas de los árboles más altos. La vegetación era intensamente verde y exuberante, repleta de lianas, plantas trepadoras y plantas parásitas. De tanto en tanto, el paisaje verde se interrumpía para dar paso al azul de una laguna, en las que, de tanto en tanto, flotaban unos al parecer troncos anillares, de unos veinte a veinticinco metros de largo por tres cuartos de espesor. Frank, atento a los mandos, oyó exclamar

a alguien en la cabina de pasajeros:

-¡Mira, estos lagos están llenos de troncos caídos!

Sonrió. Aunque su aspecto era de tales, él sabía que aquello no eran ni con mucho troncos de árboles derribados. Los lobares, así habían sido bautizados, eran animales. Una especie de serpientes marinas, pero de una longitud y una fuerza descomunales. Eran los animales típicos de los pantanos, y habitaban en las pequeñas lagunas y charcas de éstos. Sus anillos, de un palmo de espesor, tenían una fuerza tal que eran capaces de destrozar al más corpulento animal que agarraran con ellos. Pero los lobares no atacaban a sus víctimas de esta forma. Su cabeza, si cabeza podía llamársele, pues en nada se diferenciaba del resto de su cuerpo, solamente consistía en un enorme ojo globular que ocupaba la parte delantera de su cuerpo, el frente de aquel inmenso tubo largo y anillado. Era un ojo grande, redondo, sin párpados, provisto de una enorme pupila de color rojo sangre. Y en medio de esta pupila, en su mismo centro, se encontraba algo muy parecido a un flagelo, un tentáculo largo, liso y fino, pero de una fuerza y una potencia de tracción aterradoras. Este tentáculo les servía para atrapar a sus presas con un movimiento rápido y repentino, y atraerlas luego hacia su ojo. Y una vez la presa en su poder, ¡aquel inmenso ojo se la tragaba!

Frank había visto en una ocasión a un lobar tragarse su presa. Su ojo no se abría en absoluto para dejarle paso, sino que ésta pasaba a través de él. No era engullida; era absorbida. Y esto hacía quizás más repugnante y horrible aquel modo de comer.

Los lobares se alimentaban de los animales acuáticos y semiacuáticos de las lagunas que habitaban, mas a pesar de ello no despreciaban en nada la carne terrestre. Podía contarse más de un caso en el que un hombre había sido absorbido por un lobar. Por eso era quizás por lo que los hombres no se aventuraban demasiado en los pantanos de Venus sin ir debidamente protegidos. Sabían que era un gran peligro exponerse en ellos sin armas, y la repetida experiencia les había prevenido de que el ambiente primitivo y hostil del planeta no inducía a correr albures innecesarios.

Frank hizo una seña a Charlie, y éste volvió a tomar el micrófono. Uno de los principales alicientes de los viajes aéreos de la compañía "Venus Aerotransports Co.", además de la ventaja de poder contemplar el paisaje, era las explicaciones que los propios pilotos daban de los lugares que cruzaban,

así como descripciones y características de la zona y animales que la habitaban. De éste modo, Charlie empezó a describir el paisaje que corría bajo sus pies, indicando sus características, la clase de vegetación que los cubría, los animales que constituían sus moradores... Frank, mientras tanto, atento a los mandos, seguía el rumbo del aparato, procurando no apartarse en lo más mínimo de la ruta trazada de antemano.

En Venus existían muy pocos puntos extensos que estuvieran constituidos por tierra firme y no por terrenos pantanosos. Uno de ellos era Base Tierra, una extensión de casi cincuenta kilómetros, donde se había asentado la primera base terrestre en el planeta. El lugar hacia donde se dirigían, Colinas, era otra de aquellas islas de tierra firme en aquella maraña de lagunas y pantanos. Estaba constituida por una serie de suaves colinas, en número de ocho, que ocupaban una extensión de unos treinta y cinco kilómetros. Estaba separada de Base Tierra por quinientos kilómetros de aquel terreno húmedo, fangoso, que era el que más abundaba en el planeta. Allí, cualquier viaje a pie podía tacharse de materialmente imposible. Y por eso, los helirreactores eran el método a la vez más cómodo y más seguro...

Frank contempló nuevamente el paisaje que tenía ante sí, mientras Charlie proseguía con sus explicaciones a los pasajeros. Era verdaderamente un espectáculo incomparable de grandiosa belleza aquel que se ofrecía a sus ojos. Algo que en la Tierra había desaparecido hacía ya muchos años, cuando fueron talados los últimos bosques de la selva del Amazonas para dedicar aquellas regiones a terrenos de cultivo. Y ni siquiera aquella antigua selva, la más inmensa de la Tierra, de la que ahora solamente se conservaban viejas fotografías en color, podía compararse al marco gigantesco que la naturaleza había puesto en aquel lugar y ante el cual el hombre se sentía más que nunca reducido a la nada, empequeñecido, anonadado, absorto.

En el departamento posterior de pasajeros éstos hablaban entre sí, comentando las maravillas del paisaje, o bien escuchaban a Charlie, que con palabra clara y amena les narraba los pormenores de lo que tenían bajo sus pies. De tanto en tanto se oía alguna exclamación admirativa, relativa a algún determinado lugar u objeto, algún comentario determinado, alguna alusión a los aspectos del viaje...

Frank volvió a dedicarse a los mandos. Habían recorrido ya trescientos kilómetros en una hora y tres cuartos de tiempo, adelantándose así

ligeramente al horario límite previsto. Todo iba bien a bordo.

Por rutina, como hacía siempre, comprobó una vez más el rumbo, la altitud y la velocidad, los indicadores de presión y atmósfera interior, los manómetros, la brújula magnética...

Y de pronto, algo anormal llegó a sus oídos.

El girar de la hélice principal del aparato, situada casi encima de sus cabezas, era prácticamente silencioso. Tan sólo un débil y acompasado zumbido, como el del volar de un insecto en el aire, hacía recordar que funcionaba.

Pero ahora, la hélice despedía otro ruido. Algo así como un chirrido, una especie de gruñido mecánico, que no era ni con mucho normal.

Frank miró a su compañero. Este también había apercibido el ruido desacostumbrado, y calló repentinamente en medio de una frase, alertando el oído. La mirada de los dos hombres se cruzó, repleta de interrogantes. No fue necesario decirse nada. Charlie tomó los mandos, y Frank se puso en pie dispuesto a investigar las causas de la anormalidad.

Pero no tuvo tiempo de hacer nada. Charlie le avisó con un par de palabras de que el indicador de velocidad iba descendiendo a ojos vistas. Aunque no era necesario que lo indicara. A ojos vistas también se apercibía ya el lento retroceso del girar de las aspas, que se iba reduciendo paulatinamente. ¡El motor estaba fallando!

Frank volvió a su asiento, empuñando de nuevo los mandos. La cosa había sido tan brusca, tan repentina, que había cogido a todos desprevenidos. Charlie volvió a coger el micrófono, y gritó a través de él a los pasajeros:

-¡Atención, sujétense los cinturones de seguridad! ¡Un ligero contratiempo nos obligará a realizar algunos movimientos bruscos, y alguien podría salir desplazado de su asiento! ¡Repito! ¡Sujétense los cinturones de seguridad, debido a un ligero contratiempo que nos obliga...!

Frank apenas tenía tiempo de hacer nada. Las copas de los árboles más altos se iban acercando a las ruedas del aparato, demostrando que éste perdía a la vez velocidad y altura. Era preciso obrar, y obrar pronto.

Frank se hizo inmediatamente cargo de la situación. No le quedaba otra cosa que intentar un aterrizaje forzoso. Era una situación de emergencia. Luego, en tierra, quizás se podría reparar la avería y proseguir el vuelo. Lo más importante ahora era aterrizar. Pero aterrizar, ¿dónde?

Ante el aparato solamente se veían árboles en un buen trecho. El descenso continuaba, y no podía soñarse en intentar remontarse de nuevo con la hélice principal inmovilizada. El aparato se precipitaba velozmente contra los árboles más próximos.

Todo esto pasó por el cerebro de Frank en el tiempo de un segundo. Era preciso obrar lo más rápidamente posible. A su izquierda divisó fugazmente la depresión de un pequeño claro entre los árboles. La hélice posterior de dirección, por suerte, todavía funcionaba. Maniobró bruscamente, logrando desviar el aparato hacia aquel lugar. Charlie, a su lado, reforzó la maniobra con sus mandos auxiliares. El aparato giró con brusquedad, y continuó descendiendo. Frank mantuvo el timón lo más alto que pudo, intentando menguar el descenso en lo máximo posible. Se oyó el roce de las copas de algunos árboles bajo el fuselaje. El claro se iba acercando por momentos. Pero ante él se alzaba un corpulento árbol de nudosa madera venusina, ofreciendo un obstáculo que el aparato no podía salvar.

Era imposible tratar de evitarlo, por lo que Frank sólo tuvo opción de hacer una cosa. Mantener firme la barra del timón para embestirlo, al tiempo que Charlie gritaba por el micrófono un “¡Cuidado! ¡Sujétense fuertemente!” Se oyeron algunos gritos e imprecaciones en el departamento posterior. El árbol se les vino encima, y el sordo crujido de la madera al partirse llenó la cabina. El choque fue violento, y el aparato se desvió ligeramente hacia la derecha, continuando su marcha hacia el suelo. Frank intentó frenar antes de llegar al límite del claro, pero los mandos no respondieron. Los árboles del otro lado acudieron a su encuentro con velocidad vertiginosa. El helirreactor hundió su morro en la tierra fangosa de Venus, y continuó avanzando hacia los árboles, que se acercaban por momentos. Frank hizo desesperados esfuerzos por frenar. Se oyó un fuerte chasquido cuando el aparato chocó contra el primer árbol, y Frank se sintió lanzado hacia adelante. Intentó parar con las manos el choque, pero su cabeza terminó aplastándose contra el duro cristal plástico del frente de la cabina. El helirreactor se levantó bruscamente de cola, y en la cabina de pasajeros se oyeron más gritos y chillidos. Permaneció unos segundos así, en equilibrio vertical en el aire, y luego, tan bruscamente como se había levantado, volvió a abatirse de lado contra el suelo. Grandes salpicaduras de barro se alzaron por todas partes, esparciéndose por los alrededores. Y el árbol tronchado por el choque,

después de unos momentos de balanceo, se abatió también contra los otros árboles, produciendo un intenso ruido de ramas al quebrarse que turbó el silencio y la tranquilidad de la selva, levantando a su alrededor un coro de gritos y chillidos que pusieron en conmoción todo el pantano...

CAPÍTULO II
SABOTAJE

Frank se levantó sintiendo dolor en el brazo izquierdo. El parabrisas de cristal plástico de la cabina estaba levemente astillado en el lugar donde había chocado con algún obstáculo, probablemente el tronco de un árbol. Charlie, en los mandos auxiliares, yacía sobre el volante. Lo sacudió. Afortunadamente sólo se encontraba sin sentido debido a algún golpe.

Dio media vuelta, dirigiéndose hacia la cabina de pasajeros. El choque había desplazado de sus asientos a algunos de ellos, que no habían tenido tiempo de ajustarse los cinturones de seguridad. Algunos empezaban a levantarse. Uno de ellos avanzó hacia él, inquiriendo:

-¿Qué ha sucedido?

-Un accidente -informó Frank-. Me he visto obligado a efectuar un aterrizaje forzoso. Lamento que éste no haya sido todo lo suave que yo hubiera deseado.

Se frotó el brazo izquierdo, notando que el dolor disminuía lentamente. Uno de los hombres que en aquellos momentos se levantaba de su asiento, el comerciante John Pops, se adelantó. Su rostro estaba blanco.

-Oiga, piloto. Nos aseguraron en base Tierra que estos vuelos eran seguros, que no había posibilidad de accidentes. Esto es un atropello, un atentado contra la salud pública...

Frank levantó una mano.

-De acuerdo, mister Pops. Pero el hombre no es infalible, y esta vez nos hemos equivocado. Pero no se preocupe, de todos modos. Ahora comunicaremos con base Tierra, y nos enviarán un helirreactor de socorro. Como ve, la cosa no es tan grave. De todos modos, les agradecería que mientras esperan atendieran por si hay algún herido. Al final del pasillo, a un lado del departamento de equipajes, se encuentra el botiquín.

Pops puso cara de sorpresa.

-¿Qué dice? ¿Que nosotros...?

-Exacto. No olvide que esto no es Palm Beach, y que aquí no hay servicios médicos y sanitarios a disposición de todo el mundo. Si usted lo desea, luego, cuando se haya solucionado todo, hablaremos de lo que quiera.

Dio media vuelta, y se alejó de nuevo hacia la cabina de mandos, a tiempo de oír a sus espaldas el bufido de mister Pops. Penetró en ella. Charlie

se encontraba ya algo recuperado, y se frotaba vigorosamente una sien, en la que se advertía un ligero bulto violáceo.

-¿Te encuentras bien?

El otro hizo un gesto filosófico.

-Peor hubiera podido ser. El aterrizaje no ha sido suave, ¿verdad?

-No. Y a los señores de ahí atrás no les ha gustado. Con todo, hemos tenido suerte. Peor hubiera sido si no llegamos a encontrar este pequeño claro en la selva. Llama por radio a base Tierra, e informa de lo que nos ha sucedido. Da nuestra posición aproximada, y diles que cuando estén cerca de aquí lanzaremos bengalas de humo para señalar el lugar. Yo voy de nuevo a ver cómo se encuentran los pasajeros.

Regresó a la otra cabina. En ella, dos de las mujeres del pasaje, Clara Hayes y la esposa de Roger Burton, estaban vendándole a un pasajero una pierna en la que había sufrido una fuerte luxación. Frank se acercó a ellas.

-¿Hay algún otro herido de importancia?

Clara Hayes levantó la cabeza. Frank pudo apercibirse de que tenía unos ojos azul intenso, que brillaban desusadamente al mirar. Efectos artificiales, pensó. ¿O quizás serían naturales?

-Ninguno más -dijo ella. Su voz, cuando hablaba, no perdía musicalidad. Inquirió-: ¿A qué se ha debido el accidente?

Frank se encogió de hombros.

-No lo sé, señorita Hayes. No puedo decírselo.

De sus espaldas surgió la voz de mister Pops. Parecía estar nervioso, desasosegado.

-¿Que no lo sabe? Pero, ¿qué clase de piloto es usted?

Frank se volvió hacia el otro, enfrentándosele cara a cara.

-Señor Pops. Cuando de repente el motor de un aparato empieza a hacer ruidos raros y se para sin causa aparente que lo motive, ¿a qué atribuiría usted el accidente? ¿Qué nombre le daría?

El hombre quedó levemente corrido. Tras él partió una breve risita de burla. Otro de los pasajeros, en quien Frank reconoció a Clark Woolner, el actor, acudió al quite.

-Pero esto no es ninguna contestación, señor piloto. Creo que nosotros tenemos derecho a saber lo que sucede. Este repentino aterrizaje en medio de los pantanos es algo antinatural. Creo que nosotros tenemos unos ciertos

derechos...

Frank levantó una mano.

-Está bien, esto ya lo ha dicho antes. Estoy de acuerdo en todo, pero...

En aquel momento, Charlie asomó la cabeza por la puerta de comunicación de las dos cabinas.

-¡Frank! ¡Ven un momento!

Y Frank creyó sentir en aquella llamada un cierto tono de nerviosidad. Dudó unos momentos, y luego murmuró un:

-Dispensen.

Se apartó del grupo, y se encaminó hacia la cabina de mandos de la nave.

Charlie le esperaba en ella. Llevaba los auriculares de alta frecuencia puestos sobre los oídos, y sus dedos seguían manipulando los diales de la emisora.

-¿Qué sucede?

En Venus la transmisión por radiofonía era algo que solamente se usaba en casos especiales y de emergencia, debido a la gran cantidad de interferencias de origen estático que poblaban la superficie del planeta, lo que hacía muy difícil la perfecta captación continuada de un mensaje. Sin embargo, debido a su mismo carácter de emergencia, cada uno de los aparatos que circulaban por sobre la superficie de Venus llevaba un transmisor acoplado a su cabina de mandos.

-Nada -replicó Charlie, mirando tristemente al aparato y apartando sus dedos de él-. Sólo que la radio se encuentra inservible.

Frank miró la pequeña cajita empotrada que constituía el cuerpo de la emisora.

-¿Se ha dañado con el golpe del aterrizaje?

-No, ni mucho menos. Sólo que le faltan algunas piezas.

Frank levantó bruscamente la cabeza. El otro seguía con los auriculares puestos, mirando ora al aparato, ora a su amigo.

-¿Qué has dicho?

-Lo que has oído. Le faltan, que yo haya podido apreciar hasta ahora, siete piezas, tres de ellas indispensables para que funcione. Y estas piezas no se han roto. Simplemente, han desaparecido.

-Pero esto es lo mismo que decir... -se calló. El aparato de radio se

repasaba y comprobaba después de cada viaje, lo cual eliminaba cualquier posible descuido o hasta negligencia-. ¿Estás seguro?

Charlie movió la cabeza afirmativamente. Frank quedó pensativo. Primero el motor que fallaba, ahora esto...

-Vamos a examinar qué le ha sucedido al rotor -decidió de pronto-. Tengo curiosidad por saber las causas del accidente.

Durante unos minutos trabajaron en la parte posterior de la cabina, apartando la plancha metálica que protegía los mecanismos del motor. Tras ella apareció el eje del rotor, y en su parte inferior los engranajes que lo comunicaban con el motor principal y los mandos. Y arriba...

-¡Cielo santo!

Frank miró el dispositivo que tenía ante sus ojos. Alzó una mano, y tomó el cartucho de arena que había allí. Era arena venusiana, tan dura como el acero y tan difícil de triturar como el pedernal. El propio rotor, en su constante girar, había sido quien la había puesto en libertad, haciendo que cayera sobre los engranajes y los inmovilizara en muy poco tiempo...

¡Pero aquello era lo mismo que decir que había alguien a quien le había interesado que el helirreactor sufriera un accidente repentino en medio de los pantanos! ¡Había alguien que deseaba que ni el aparato ni ninguno de sus pasajeros llegara nunca a Colinas ni a ningún otro sitio!

Durante unos segundos Frank contempló anonadado el cartucho de arena. El dispositivo había sido muy bien planeado, y era demasiado sencillo para poder fallar. El cartucho había sido colocado, bajo presión, de lado junto al rotor, de modo que éste, al girar, fuera limando poco a poco lo que constituía la cubierta. Antes de que el rotor llegara a la arena, habría transcurrido ya más de una hora, y entonces el aparato sobrevolaría los pantanos. Entonces el rotor, al no poder limar la arena debido a la extraordinaria dureza de ésta, empujaría el cartucho hacia un lado, y éste se volcaría. La arena, liberada de su encierro, se desparramaría, cayendo sobre los engranajes. Se infiltraría entre ellos, bloqueando su funcionamiento, y...

Frank estrujó el cartucho entre sus dedos. Miró a Charlie, y éste le devolvió la mirada. Dudó unos momentos. Luego, decidiéndose, se encaminó hacia la puerta que separaba la cabina de pasajeros con la de mandos.

-Averigua lo más aproximadamente posible nuestra situación actual -pidió-. Y comunícamelo ahí afuera.

Abrió la puerta, y salió.

En la otra cabina, los pasajeros se hallaban discutiendo entre sí. Al verle entrar, mister Pops, que parecía ser el más violento, se dirigió enérgicamente hacia él.

-Bien, señor piloto. ¿Qué piensa hacer ahora?

Frank dudó unos momentos.

-¿Hacer?

-¡Sí, hacer! No olvide que por culpa de su ineptitud nos encontramos ahora aquí, en esta situación.

-¡Oh, claro, mi ineptitud! -Frank dejó escapar una risita sarcástica. Le hubiera agradado contestar al hombre en el tono debido, dejándolo completamente apabullado. Pero se contuvo. A pesar de todo, seguían siendo personas importantes. Sin hacer caso de Pops, se dirigió a todos-: Por favor, señores. Les agradecería que ocuparan unos instantes de nuevo sus asientos. Necesito hablar con ustedes.

Los once pasajeros se miraron entre sí. Mister Pops abrió la boca como para decir algo más, pero se contuvo. Tras pensárselo unos momentos, acabaron todos ocupando de nuevo sus respectivos puestos, a la escucha de las próximas palabras de Frank. Desde allí, todos los ojos lucieron interrogadores.

Frank se reclinó en el mamparo que separaba la cabina de mandos y la de pasajeros, y estudió a todos uno por uno. Luego habló:

-Hace tan sólo unos minutos, la señorita Hayes me ha preguntado cuál había sido la causa del repentino accidente. Y yo me he visto obligado a contestarle que no lo sabía. Bien. Pues ahora ya lo sé.

Se oyó un murmullo. Frank miró unos segundos el vacío cartucho de arena que tenía entre sus manos. Luego pidió silencio.

-Señores, me creo en el deber de comunicárselo. Este accidente que hemos sufrido no ha sido ni con mucho fortuito. Ha habido alguien a quien no le ha interesado que este aparato llegara a Colinas. Y para esto ha dispuesto una hábil manera de que el motor dejara de funcionar en medio del pantano, precipitando al avión contra el suelo. Lo cual, desgraciadamente para nosotros, es lo que ha sucedido.

Un espeso silencio acogió estas palabras. Transcurrieron unos segundos en los que nadie habló, como si todos rumiaran lo que acababan de

oír e hicieran esfuerzos por digerirlo. Al cabo, uno de los pasajeros se atrevió a preguntar:

-¿Quiere decir con esto que el aparato ha sido saboteado deliberadamente?

-Exacto. Y ahora yo me pregunto: ¿qué interés podría tener, quienquiera que fuese el que ha realizado el sabotaje, que el aparato no llegara jamás a Colinas? Lo diré más claramente: ¿hay alguna persona entre ustedes que conozca alguna razón por la que *él* haya podido ser el motivo principal de este sabotaje?

Nadie se acusó. Sólo se oyó una voz que murmuraba, por lo bajo: "¡Esto es monstruoso!" Luego, nada.

Frank esperó unos segundos. Luego prosiguió:

-Bien, señores. De todos modos, considero que esto no nos resolvería nada. Por lo tanto, la persona que sea puede callar. Lo que sí deseo que sepan es nuestra situación actual. Ahora que ya saben a qué atenerse respecto al *accidente*, creo que lo más conveniente es que se la plantee con franqueza. De modo que voy a hacerlo.

Un breve silencio, que Frank aprovechó para dar una nueva ojeada a los rostros de todos los pasajeros. Luego prosiguió:

-Como habrán podido suponer después de este aterrizaje, el aparato ha quedado totalmente inutilizado para reanudar el vuelo, sin contar con que a estas horas el motor y todos sus engranajes estarán rebosando arena. Al principio confiaba en poder comunicar por radio con base Tierra, pero la emisora (y esto no hay ninguna duda de que forma parte también del sabotaje) se encuentra totalmente inutilizada, sin posibilidad de reparación. En consecuencia, puedo decirles que nos encontramos aquí completamente aislados; incomunicados, y sin ningún medio mecánico de trasladarnos a ningún sitio.

-Lo que es lo mismo que decir que nos encontramos completamente solos y desamparados en medio de los pantanos.

-Un poco crudo, pero ésta es la realidad. No voy a ocultarles la gravedad de nuestra situación. Es muy poco probable que las patrullas que saldrán indudablemente en nuestra búsqueda encuentren el aparato aquí, casi empotrado en el lindero de este bosque, y considerablemente apartado de su ruta habitual. Tenemos el recurso de las bengalas de luz y humo, es cierto,

pero no creo que nos sean de gran utilidad teniendo en cuenta que será muy difícil que oigamos a los aparatos que vienen en nuestra búsqueda si no cruzan encima mismo de nosotros, y en otro caso ni siquiera los podremos ver debido a que nos lo impedirán los árboles que nos rodean.

-Pero podríamos encender un fuego... -aventuró uno de los pasajeros, un comerciante de Boston, cuyo nombre creía recordar Frank que era Skoog.

-Es imposible -respondió-. No olvide que estamos rodeados de selva pantanosa. La humedad que aquí reina hace difícil que se inicie un fuego, pero cuando esto sucede, arrasa miles de kilómetros en rededor. Si quiere morir achicharrado, lo mejor que puede hacer es encender una fogata.

-Está bien -cortó Roger Burton, el hijo del rey del plutonio-. ¿Qué propone usted hacer?

Frank se rascó meditativo la coronilla.

-Tal vez les parecerá un plan descabellado, pero a mi modo de ver lo único factible que nos queda es intentar llegar a nuestro destino andando.

-¿Andando? -Clark Woolner, el actor admirado en la Tierra por miles de mujeres, blanco como el papel, se puso en pie-. ¿Quiere decir atravesando los pantanos a pie?

-Sí. ¿Acaso conoce alguien de ustedes algún otro medio más rápido, más cómodo y más seguro?

Woolner fue a decir algo más, pero mister Pops, que hasta aquel momento había permanecido silencioso, dejó escapar una impetuosa exclamación.

-¡Está proponiendo un imposible, señor piloto! ¿No sabe acaso los peligros que entraña cruzar los pantanos a pie, sin protección?

-Sí. Pero estos mismos peligros los tendremos que afrontar si aguardamos aquí, teniendo en cuenta además que aquí no tendremos libertad de movimientos para escapar caso de ser atacados por algún animal de gran tamaño.

-¡Pero esto es absurdo!

-De acuerdo, pero es el absurdo más lógico que tenemos. ¿O acaso pueden alguno de ustedes ofrecerme alguna solución mejor?

En aquel momento se abrió la puerta de separación de las dos cabinas, y Charlie Shorney apareció por ella trayendo un mapa en la mano.

-He fijado nuestra posición aproximada, Frank. Nos encontramos más

o menos a unos doscientos kilómetros de Colinas.

E indicó a Frank el lugar en el mapa. Éste le dio un ligero vistazo, y se encaró luego con los demás.

-Bien, señores. Ahora ya conocen cuál es nuestra situación. Calculando que podamos avanzar a razón de tres kilómetros por hora, y marchando diez horas diarias, podemos llegar a Colinas en poco más de una semana, siempre que no se presenten demasiados contratiempos. El aparato está equipado con víveres suficientes para el doble de este tiempo, aparte lo que se pueda cazar por el camino. Tenemos armas suficientes para protegemos. Ahora bien, son ustedes los que han de decidir. Aguardamos aquí un hipotético rescate, o intentamos llegar a Colinas a través de los pantanos. Tanto mi ayudante como yo nos atendremos al voto de la mayoría.

Aguardó unos momentos. El primero en decidirse y admitir que lo más razonable -aunque lo más expuesto- era intentar atravesar los pantanos a pie fue Robert Slan, un industrial de Pittsburg, dueño de una importante cadena de factorías, que se encontraba en Venus por negocios. Después, lentamente, los demás le fueron imitando, no sin oponer algún reparo o algún inconveniente. Clark Woolner se quejó de que la demora le haría perder seguramente un buen contrato, si es que no ocurría nada peor. Bran Mayerling, un viejo millonario que a la edad de sesenta años se le había ocurrido la peregrina idea de visitar Venus, protestó que la intensa humedad le perjudicaría el reuma... Al final, todos fueron claudicando. El último en hacerlo fue John Pops, que lo hizo a regañadientes. Con todo, su negativa hubiera sido nula. Sin contar ni a Frank ni a Charlie, eran diez votos contra uno.

-Bien -Frank consultó su reloj-. En estos momentos son las cinco. Creo que lo mejor será descansar unas horas antes de ponemos en marcha. Así, si algún aparato inicia nuestra búsqueda por estos contornos y tenemos la suerte de oírlo, podremos señalarle nuestra posición desde aquí mismo. Si no tienen ningún inconveniente que oponer, esperaremos hasta las tres de la noche. Si por aquel entonces no hemos visto señales de ningún aparato de rescate, partiremos. ¿De acuerdo?

Todos asintieron. Frank plegó el mapa, que hasta aquel momento había tenido en las manos, y se lo entregó a Charlie.

-Bien. Entonces será mejor que descansen y recuperen fuerzas para

luego. Si lo desean, pueden dormir un poco. Mientras, mi ayudante y yo nos dedicaremos a preparar todo lo necesario.

CAPÍTULO III

ROBERT SLAN

Desde el exterior, Frank contempló la masa informe del averiado helibólido. El aparato tenía el morro completamente hundido en el bosque, entre los árboles. Se encontraba ligeramente levantado de cola, mostrando al aire las ruedas posteriores de su tren de aterrizaje. Las aspas habían resultado completamente destrozadas a resultas del aterrizaje, y toda una de ellas, partida a cuajo, yacía en el suelo a escasa distancia.

Frank suspiró. Era aquél verdaderamente un amparo muy parco contra los peligros de los pantanos. Miró a su alrededor: solamente árboles y tierra fangosa. En el claro crecían abundantes hierbas de la más variada índole, algunas de una altura que alcanzaba fácilmente el metro. Y en los trozos en que estas hierbas crecían claras, distanciadas entre sí, se podía ver la tierra húmeda, rezumando agua por todas partes. Las altas botas de impermeable cueroplasto que eran el calzado reglamentario de Venus se hundían casi hasta la media caña en aquel lodazal. La marcha a través de aquellos parajes iba a ser difícil. Pero debían intentarla.

Regresó al aparato. Por suerte, ningún animal venusiano se había presentado por allí, excepto algunos de pequeño tamaño y los consabidos insectos que infestaban el ambiente. Sin embargo, debían estar prevenidos contra cualquier contingencia. Había animales por aquellos alrededores que podían convertir de una embestida al helirreactor en un montón de chatarra antes de que ellos tuvieran tiempo de apercibirse de lo que sucedía y ponerse a salvo.

Y aquello a Frank no le hacía la menor gracia.

Cerró la portezuela de acceso del aparato a sus espaldas, y entregó a Charlie el arma que llevaba. Con un gesto le indicó el exterior.

-Vigila y estate preparado por si acaso se presentara algo imprevisto. Mientras, yo voy a arreglar las mochilas.

Dio un ligero vistazo a los pasajeros para ver lo que hacían. Algunos dormían; otros, simplemente, permanecían tendidos en sus sillones extensibles; algunos charlaban entre sí, no sabía de qué. Suspiró. Todos eran personas importantes, gente acostumbrada a desarrollarse en los mejores medios de la sociedad. Pero ninguno sabía lo que era cruzar a pie unos pantanos como los de Venus. Preveía que su tarea no se iba a presentar muy

fácil cuando empezaran a surgir las primeras dificultades.

Penetró en el departamento posterior del aparato, utilizado como almacén para equipajes, vituallas y equipos de emergencia. Aunque no era ni con mucho frecuente que un aparato se viera obligado a tomar tierra en mitad de los pantanos venusianos, todos ellos, por ley, estaban obligados a llevar un equipo de emergencia de cinco rifles, gran cantidad de municiones para los mismos, provisiones suficientes para alimentar durante una semana el total de pasajeros que pudiera albergar el aparato, un extenso y efectivo botiquín, amén de otros utensilios y herramientas que pudieran ser de utilidad en la selva como eran machetes, hachas, cuerdas, etc., dos tiendas plegables de campaña de gran tamaño y otras dos más pequeñas, y mochilas en número suficiente como para albergar todo este impedimento.

Frank fue tomando todo lo que consideraba sería necesario para una dotación de trece personas (murmuró algo respecto al número), tres de ellas mujeres, y lo fue apilando en diversos montones para su posterior acomodamiento en las mochilas.

Llevaría realizada ya casi la mitad del trabajo, cuando la puerta de comunicación de la cabina se abrió. Frank volvió la vista hacia allí para ver quién era el que entraba, y reconoció a Robert Slan, el propietario de la cadena de factorías de Pittsburg.

-¿Qué se le ofrece, mister Slan? -inquirió.

El hombre cerró la puerta a sus espaldas, y avanzó hacia él.

-Desearía comunicarle una cosa, capitán.

-Sólo soy piloto.

-No, desde el momento en que va a hacerse cargo de la expedición. Alguien ha de mandarla, y usted es la persona más indicada. Aparte de que le corresponde hacerlo por obligación.

Frank se interrumpió en su trabajo y se levantó, mirando fijamente al otro hombre. Sonrió.

-Bien, mister Slan, dejemos esto. ¿Qué desea?

El hombre contempló unos momentos los diversos montones de objetos apilados ordenadamente en el suelo, como buscando las palabras más apropiadas para empezar lo que quería decir. Al fin se decidió:

-Es sobre lo que usted ha dicho antes allí, en la cabina de pasajeros. Sobre lo del sabotaje.

-¿Acaso iba dirigido directamente a usted?

-No lo sé. Aunque me temo que sí.

Frank dudó unos momentos. Tras una breve vacilación, volvió a su tarea.

-¿Puedo saber el porqué?

-Mi verdadero nombre no es Robert Slan, aunque haya adoptado su personalidad. Ni tampoco soy dueño de ninguna cadena de factorías en Pittsburg.

-Lo he supuesto. Este hombre no existe, ¿verdad?

-Sí existe, y en estos momentos debe encontrarse en la Tierra, normalmente al frente de sus negocios. Ya le he dicho que yo había adoptado su personalidad.

-¿Subrepticiamente?

-No. Con la autorización expresa del Gobierno terrestre y del propio interesado.

-Muy bien. ¿Cuál es la causa de que quisieran que no llegara a Colinas?

El hombre volvió a dudar unos momentos.

-Verá... es algo difícil de explicar. Pertenezco al Gobierno conjunto de la Tierra. Se ha averiguado que va a cometerse un importante fraude en la producción de las minas de plutonio de Venus, en Colinas. Como usted debe, sin duda, de saber, el plutonio está rigurosamente controlado por el Gobierno, pero hay algunas personas que están intentando confiscar cierta parte de la producción para transportarla a la Tierra ilegalmente y venderla al margen de la ley. Hay grandes personalidades interesadas en este asunto, y una acción decisiva desde la Tierra lo único que haría sería prevenirlas. El golpe inicial, el más decisivo, ha de darse desde aquí, en Venus. Por esto me encuentro yo en este lugar. Tengo instrucciones de poner sobre aviso al jefe militar de Colinas para que corte de raíz el asunto en la propia mina, antes de que los interesados tengan tiempo de prevenirse. Todo está preparado ya, pero falta este golpe, que desencadenará todo lo demás. Ésta es mi misión.

-Y por eso han saboteado el aparato, ¿verdad?

-Temo que sí. Al parecer se han enterado de mi verdadera personalidad, y han intentado eliminarme, aunque para ello tuvieran que sacrificar doce vidas inocentes. Por suerte, no lo han logrado... por ahora.

Frank asintió con la cabeza. De nuevo se interrumpió en su tarea, levantándose y encarándose con el otro. Inquirió:

-¿Por qué me cuenta todo esto a mí?

-Por una razón muy sencilla. Usted mismo ha dicho que la travesía de los pantanos es una empresa difícil, arriesgada. Podría ocurrir cualquier accidente, del que yo fuera la víctima. Y desearía pedirle un favor.

-¿Cuál?

-Llevo encima, en un bolsillo especial de mi traje, un sobre lacrado dirigido al jefe militar de Colinas, con las instrucciones precisas de lo que tiene que hacer y el modo como debe actuar. Estas instrucciones han de llegar a su destino. Caso de que a mí me sucediera algo, ¿puedo confiar en usted para suplirme en la misión?

Frank no vaciló en afirmar. El hombre sonrió ligeramente, con confianza, y le tendió una mano. Frank correspondió al apretón.

-El sobre debe ser entregado al propio jefe militar de Colinas, coronel John Van Meers -indicó Slan. Y le mostró el lugar donde tenía guardados los documentos. Frank tomó buena nota de ello. Luego volvió de nuevo a su tarea. E indicó al otro:

-Bien, mister Slan. ¿Y qué le parece si ahora, en justa correspondencia al favor, me ayudara usted a ordenar todo esto e irlo metiendo en sus respectivas mochilas?

* * *

En total fueron nueve mochilas, con un peso aproximado de diez a doce kilos cada una. Una de ellas llevaba las tiendas y los accesorios; otras dos las municiones y las herramientas, y las restantes llevaban distribuidos los víveres. Por el agua no había que preocuparse; afortunadamente (o quizás sería mejor decir desgraciadamente), era lo que más abundaba en el planeta.

En total, las armas de que disponían eran los cinco rifles de que iba pertrechado el aparato, tres rifles más de caza mayor, uno de ellos, el perteneciente a Roger Burton, una verdadera maravilla de precisión, alcance y potencia, y dos pistolas. Además, llevaban consigo las bengalas por si se les presentaba la ocasión de usarlas para señalar su posición, y un equipo completo de machetes para abrirse paso por la selva.

Frank distribuyó los cinco rifles entregando uno a Charlie, otro a Slan y quedándose él un tercero, dejando los otros dos en reserva. Los tres de caza

quedaron en poder de sus dueños, Mayerling, John Pops y Burton. Mayerling renunció al suyo diciendo que carecía ya del suficiente pulso como para usarlo, y éste pasó a engrosar los de reserva. Las dos pistolas, pertenecientes a John Pops y al propio Frank, fueron guardadas en sus cinturones canana.

-No me gusta el que este Pops vaya tan armado -murmuró Charlie a oídos de Frank-. ¿Te imaginas para qué querrá una pistola y un rifle de caza, si va en viaje de negocios?

Frank se encogió de hombros; aquello a él no le incumbía en absoluto. Cada persona era libre de llevar las armas que se le antojara en sus viajes.

Las mochilas fueron repartidas entre los hombres de la expedición. Como este número era uno más que el de mochillas existentes, Frank creyó que lo mejor era eximir a Mayerling, debido a su edad. En consecuencia, las mochilas fueron repartidas entre los demás. Las dos más pesadas, la de las tiendas y la de las herramientas, fue acordado llevarlas por tumos, substituyéndose escalonadamente en ello todos los hombres de la expedición. De momento, las cargaron Frank y Charlie.

Al fin, llegaron las tres de la noche. El sol lucía casi en mitad del firmamento, y Frank se alegró de que todavía faltaran más de diez días para que llegara la oscuridad[2]. Durante todo el tiempo que habían aguardado en el helirreactor no había ocurrido nada que turbara la tranquilidad de aquel rincón de la selva. Tampoco se había registrado ninguna señal en el cielo. No quedaba, por lo tanto, más remedio que iniciar la marcha.

Todos descendieron del aparato, reuniéndose a su pie, mirando incesantemente los alrededores. Frank observó que John Pops llevaba en la mano el maletín con el que subiera al aparato, pero no dijo nada sobre el particular. Cada cual era dueño de llevar consigo lo que quisiera, mientras lo cargara permanentemente él.

Señaló en el aire la dirección que deberían de seguir para llegar a Colinas: hacia el sudoeste. Según el mapa, a poca distancia del lugar donde se encontraban había un lago de regular tamaño, pasado el cual se encontrarían en lo que se había dado en llamar “zona blanca”, es decir, totalmente inexplorada y desconocida para el hombre. Aquella zona era la que deberían atravesar en toda su extensión para llegar a su destino.

-Iremos formando columna de a uno -indicó-. Yo iré delante, formando el frente, y mi ayudante detrás, cerrando la marcha. Ustedes -indicó

a Burton, Slan y Pops, que poseían fusiles-, se colocarán en la línea intermedia, con los rifles preparados. Que nadie se separe demasiado de su inmediato seguidor, y caso de suceder algo imprevisto que grite “¡Alto!” lo suficientemente fuerte como para que lo podamos oír todos. Al menor aviso de “¡Cuidado!” o “¡Alerta!”, todo el mundo deberá arrojarse al suelo buscando protección, y permaneciendo inmóviles hasta que pase el peligro. Si oyen la orden de dispersión, deberán apartarse de la línea general, buscando refugio en algún lugar cercano y seguro. En este caso, para volvernos a reunir dispararé mi fusil espaciadamente hasta que estemos de nuevo todos juntos, a fin de guiarnos por el sonido. ¿De acuerdo?

Todos asintieron. Frank dio unas cuantas indicaciones más al respecto, como eran las de que marcharían en períodos de tres horas seguidas, descansando media a continuación, que harían solamente dos comidas diarias, y otras similares. Luego, una vez aclarado todo y puestos de acuerdo, Frank dio un postrer vistazo al aparato, en el que todos le imitaron. Luego, volviéndose hacia el lugar del bosque por donde debían empezar a atravesarlo, dio la orden de marcha:

-Adelante.

Poco después, el claro quedaba otra vez completamente desierto, de nuevo en poder de sus habituales moradores de la fauna venusiana.

CAPÍTULO IV
EL LOBAR

Las tres primeras horas de marcha se sucedieron con toda normalidad, sin que nada de particular ocurriera. Frank, el fusil al hombro y el afilado machete en la mano, iba abriendo paso por entre los árboles, paso que después seguían los demás. Charlie Shorney, cerrando la marcha, observaba periódicamente a sus espaldas, previniendo algún posible ataque de la fauna del planeta. Burton, Slan y Pops, distribuidos en mitad de la columna, también apercibían sus armas. Pero nada de especial sucedía.

A su alrededor, la selva era una eterna conjunción de rumores. El ruido constante de las hojas, los chillidos de la fauna de pequeño tamaño, el parloteo de los *kanús*, animales algo parecidos a los monos, ponían una nota de vida y de alerta en la selva pantanosa. Las botas de los expedicionarios se hundían hasta la media caña en la tierra anegada, fangosa, atestada de *tunus*, pequeños animales, mitad peces y mitad gusanos, que pululaban en aquel fango. De tanto en tanto, alguna porción de tierra firme, constituida de rocas o tierra dura, ofrecía un breve descanso a sus pies; pero pronto volvía el fango, y de nuevo el chapotear, el sentir bajo sus pies la substancia viscosa de aquel fango, mitad tierra y mitad agua, que los rodeaba.

Cuando hubieron transcurrido las tres horas primeras de marcha, Frank aprovechó el hallazgo de una franja de tierra dura para hacer alto. Todos se acomodaron lo mejor que pudieron en el suelo, colocando las mochilas como respaldo o usando del tronco de algún árbol para tal efecto. Skoog se tendió en el suelo, e igual hizo Charlie. Se abrió una mochila, y se repartieron alimentos. Y una vez acomodados, todos se pusieron a comer.

El tiempo fue transcurriendo lentamente. Algunos se pusieron a hablar entre sí, y Frank captó algunas palabras de John Pops, que decía que no estaba conforme con aquella locura que estaban cometiendo. No hizo caso. Su vista tropezó casualmente con el maletín del fabricante de salchichas, que Pops había colocado junto a sí, al alcance de su mano. Se preguntó qué llevaría allí que parecía tenerle tanto aprecio. Indudablemente algo de mucho valor. Terminó encogiéndose de hombros; al fin y al cabo, a él aquello no le iba ni le venía.

Y, en aquel preciso instante, un grito de terror, proveniente de una garganta femenina, resonó en la amplitud de la selva que los rodeaba.

Se puso rápidamente en pie, requiriendo su fusil. Ante él, algo distanciada, apoyada en el tronco de un árbol, se encontraba Clara Hayes. Las primeras ramas del árbol, muy bajas, le llegaban apenas un metro por encima de su cabeza. Y pendiente de una de ellas...

Frank reconoció inmediatamente al animal, una araña venusiana. Era un octópodo muy parecido a la araña terrestre, de un color parecido al de la miel, y con el vientre extraordinariamente velludo. El tamaño de su cuerpo era mayor que el de un puño, y sus patas, extraordinariamente gruesas y peludas, medían más de un palmo. Su aspecto, más que repugnante, era horrible. Colgaba de la rama del árbol, muy cerca del rostro de la joven, sustentada por tres hilos que salían de tres orificios de bordes negros situados en su dorso. Su intención era bien clara: atacar a la muchacha. Y Frank sabía que sus mordeduras eran muchas veces mortales.

No dudó ni un momento. Tomando el fusil por el cañón, se dispuso a lanzarse contra aquel lugar para apartar al animal de un culatazo. Pero no pudo hacer nada.

En aquel preciso momento, proveniente de su izquierda, sonó un disparo. Y el arácnido, alcanzado de lleno, pareció reventar como una fruta madura, salpicando a su alrededor un líquido amarillento, sucio y viscoso.

Clara Hayes dejó escapar un nuevo grito, que casi se confundió con el estampido, cubriéndose la cara con las manos. Y Frank volvió la vista hacia el que había disparado: Roger Burton, que en aquel momento volvía a dejar el rifle a un lado, como satisfechísimo de su acción.

Frank dudó unos momentos. Luego se dirigió apresuradamente hacia Clara Hayes.

-¿Se encuentra bien?

La muchacha se llevó una mano al rostro. Estaba pálida, casi blanca. Con un gesto de asco, se sacudió de encima un trozo del cuerpo del animal que había ido a parar sobre sus ropas. Murmuró:

-Sí... sólo ha sido el susto.

Roger Burton se acercó a ella.

-Lamento haberla asustado con mi disparo, señorita Hayes. Pero creo que ha sido efectivo.

-Sí, muy efectivo -Frank se volvió hacia él-. ¿No ha pensado, señor Burton, que podía haber fallado la puntería y haberle dado a la señorita Hayes

en lugar del animal?

Burton hizo un gesto de asombro.

-¡Oh, no, en absoluto! Me precio de tener una excelente puntería.

-Sí, ya lo ha demostrado. Sin embargo, le agradecería que en el futuro se sirviera hacer uso de esta puntería tan sólo cuando fuera realmente necesario. No precisamos exhibiciones.

Burton dudó unos momentos, mirando el rifle que tenía en las manos. Por unos momentos pareció que iba a responder airadamente. Pero se contuvo. Una leve sonrisa distendió sus labios al contestar:

-Está bien, señor piloto.

Dio media vuelta, y se alejó.

Frank le dejó marchar sin decir nada. Luego, se volvió hacia Clara Hayes.

-Lamento que esto haya sucedido, señorita Hayes -murmuró-. Y lamento todavía más el susto que se ha llevado.

La muchacha, ya más repuesta, sonrió forzadamente.

-No se preocupe por ello. Al fin y al cabo, lo principal es que el disparo del señor Burton ha terminado con la araña, ¿no?

-Sí. Aunque creo que hubiera sido mucho más fácil, práctico y menos estruendoso quitarla de allí de un culatazo en vez de desmenuzarla de un disparo -y señalando a la muchacha uno de sus hombros, agregó-: Cuidado; lleva ahí todavía un trozo de la caza de mister Burton.

Y se alejó, viendo cómo la muchacha se sacudía el vestido con un visible gesto de repugnancia.

* * *

Un poco más tarde, Frank vio como Burton elogiaba encarecidamente su rifle ante John Pops, mostrándole sus ventajas y atributos.

En realidad, era aquél una verdadera maravilla de rifle. De un peso muy liviano (apenas dos kilos y medio), permitía, con sólo mover una palanca, disparar indistintamente balas normales o explosivas. Su alcance máximo era de cinco kilómetros, y su poder de penetración de un metro en blanco de acero extraduro. Un teleobjetivo acoplable permitía precisar el blanco cuando éste se encontraba a mucha distancia, y sus balas explosivas causaban la muerte instantánea a la fiera más enorme, lo cual, junto con su precisión y seguridad de disparo, lo hacían inmejorable para la caza en aquel

planeta.

Frank, con todo, no hizo caso de aquellas explicaciones. En realidad, estaba un poco irritado contra Burton; preveía que era un hombre acostumbrado a hacer lo que le daba la realísima gana, y que no accedería a la primera a doblegar su voluntad ante otro. Y esto, a la larga, acarrearía serios problemas.

La marcha continuó después de la media hora de descanso, volviendo a adoptar el grupo el orden que habían establecido en un principio. Y apenas habrían andado unos diez minutos, cuando principió a llover torrencialmente.

La lluvia era uno de los fenómenos más característicos de Venus. Llovía regularmente de dos a cinco veces diarias, y a veces incluso ocho o diez. Eran lluvias rápidas, a pesar de su torrencialidad. Empezaban en unos segundos, descargaban un espeso aguacero durante un cuarto de hora, y luego, tan rápidamente como habían comenzado, cesaban. Estas lluvias afectaban solamente a limitadas extensiones de terreno, no siendo raro pasar repentinamente de un sitio seco a otro donde caía el agua a raudales en el espacio de unos pocos metros, o viceversa.

Precisamente éste era uno de los motivos de que en Venus se usara casi sin distinción la misma clase de vestido, llamado por esto *vestido universal* o más comúnmente *vestido gris*, no por su color, sino por su uniformidad y monotonía. Este vestido, compuesto con una tela impermeable, apenas se mojaba, evaporándose el agua que caía sobre él en pocos segundos; por lo que, apenas cinco minutos después de haber cesado de llover, volvía a estar completamente seco.

La lluvia, por tanto, apenas caló en los expedicionarios, acostumbrados, en su más o menos larga estancia en el planeta, a esta clase de chaparrones. Nadie se preocupó por ello. El camino siguiose haciendo normalmente, y cuando la lluvia cesó, ninguna variación se notó en el húmedo suelo. El agua caída había sido absorbida junto con la anterior, sin que el aspecto de la tierra variara por ello en lo más mínimo. Un poco más de agua no hacía diferencia.

El camino siguió sin dificultades durante una hora aproximadamente. De repente, Frank, que iba en cabeza, empezó a notar que el terreno se iba haciendo más pantanoso bajo sus pies, a medida que avanzaban. Al mismo tiempo, las plantas que tenía ante sí empezaban a ser diferentes de las que

habían visto hasta entonces. Se parecían más a juncos y cañas que a árboles.

Dio la voz de alto, y se inclinó a reconocer el terreno. Sí, no cabía ninguna duda. Habían llegado ya al lago señalado en el mapa, que debían encontrar en su camino.

Comprobó su situación, y examinó el mapa. Sí, habían llegado ya a él. Se encontraban en la parte de su orilla señalada como "cañaverales pantanosos". El lago venía a morir allí, conjuntándose con la tierra. Debían bordearlo, a fin de no irse hundiendo en el agua cada vez más. Según indicaba el mapa, a poca distancia de donde se encontraban, el lago terminaba en una playa arenosa de escasa consistencia, pero lo suficiente como para poder andar con seguridad sobre ella.

Explicó a los demás lo que sucedía, aclarándoles lo que iban a hacer, y reanudaron la marcha. Cortando una larga, delgada y resistente caña, parecida en algo a un junco, de su lado, Frank se proveyó de una larga pértiga con la que ir tanteando el terreno ante él para no dar un paso en falso. El lodo les llegaba ahora hasta las rodillas, y las dificultades al andar eran mayores, lo que se traducía en una mayor lentitud. Miró hacia atrás. Inmediatamente le seguía Clara Hayes, que imitando su ejemplo se había provisto de una larga pértiga con la que se apoyaba, a modo de bastón. Más allá iba William Skoog y, tras él, Bran Mayerling ayudado de Laura Benton, su secretaria, dama de compañía, y más que nada enfermera. Después seguían Slan y los demás, a quienes ya no divisaba debido al obstáculo de las plantas.

Fue siguiendo hacia adelante, tanteando con cuidado el terreno. Evitaba en todo lo posible los bajos y los lugares donde el agua era más clara, intentando hallar los pasos donde el suelo firme ofreciera una mayor seguridad. Esto obligaba a hacer continuas eses, dando vueltas y revueltas por entre los cañaverales, lo que hacía perder mucho tiempo. Pero a pesar de todo se iba avanzando...

La tarea de ir tanteando el terreno absorbía por completo a Frank. Tanto, que le impedía prestar atención a lo que tenía ante sí, más allá de los próximos cañaverales. Fue Clara Hayes quien le previno del peligro, con un grito de "¡Cuidado!". Alzó los ojos...

Y lo vio.

Estaba allí, ante él, contemplándole con fijeza. ¡Un enorme ojo redondo, sin párpados, con una pupila roja monstruosa, en cuyo centro

aleteaba una especie de fino látigo en constante movimiento!

Se detuvo tan en seco que el impulso que llevaba arrojó a Clara Hayes contra él. En un brusco ademán dejó caer la pértiga y el machete, requiriendo rápidamente el fusil. El lobar, ante él, parecía a punto de lanzarse al ataque contra su presa.

Se encontraba apenas a unos cien metros de Frank, alzado sobre su propio cuerpo un par de metros. Su monstruoso ojo, único signo del lugar donde tenía la cabeza, le contemplaba con atención. El flagelo que constituía el centro de su pupila se movía constantemente, agitándose de un lado para otro sin parar. Frank preparó su fusil. Y al tiempo que apuntaba con él al monstruo, gritó:

-¡Cuidado! ¡Protéjanse!

Apenas apuntó. En aquellos momentos, el lobar se lanzaba al ataque. Y casi simultáneamente, Frank disparaba su fusil.

La bala dio al lobar en la parte blanca del ojo, estallando casi simultáneamente en su interior. Aquello motivó un súbito retroceso de todo el cuerpo del monstruo que, herido, se replegó sobre sí mismo. Y Frank volvió a apuntar y disparó.

Sabía que la única forma de matar al lobar era acertarle con una bala explosiva en la parte roja del ojo, la más delicada y vulnerable. Por eso al lobar tenía que matársele siempre de frente. Aquélla era la única parte verdaderamente vulnerable de su cuerpo.

Y hacia ella dirigió el disparo.

Pero volvió a fallar. El lobar hizo un brusco movimiento hacia la derecha, y la bala pasó inofensivamente por un lado. Frank volvió a disparar, y de nuevo falló. Y el lobar se lanzó contra él.

Una de las características más peculiares de aquellos animales era su celérea rapidez en efectuar cualquier clase de movimientos. Todo fue tan rápido y tan repentino, que Frank no tuvo tiempo de apercibirse de nada. Sintió cómo algo le enlazaba fuertemente por la cintura y tiraba de él hacia arriba. Quiso defenderse, y un movimiento en falso le obligó a soltar el rifle. ¡Y comprendió que con aquello había firmado su sentencia de muerte!

Desde abajo, todos los demás contemplaron impotentes el ataque del lobar. No podían hacer nada. El cuerpo de Frank se interponía entre ellos y la parte roja del ojo del monstruo, haciendo imposible cualquier intento de

ayuda. ¡Y mientras, Frank iba siendo arrastrado inexorablemente hacia lo que era a la vez ojo y boca del monstruo!

Frank intentó pensar, coordinar sus ideas. Sabía que, a pesar de su rapidez, el lobar necesitaba un cierto tiempo para engullir su presa. Su ojo-boca admitía ir filtrando sus alimentos poco a poco, pero no de golpe. Y aquello le daba unos breves segundos de margen para intentar buscar una solución.

Pensó desesperadamente. Su pistola no servía, sus balas no eran explosivas, y su calibre era demasiado pequeño. Había de existir otro medio...

Y de pronto recordó. ¡Su machete!

A fin de evitar su pérdida si se escapaba de las manos en medio del inmenso lodazal que era Venus, todos los machetes iban unidos al cinturón del traje de quien los llevaba mediante un cable de filamento nudoso, prácticamente irrompible. Frank tanteó, buscándolo. Y cuando lo encontró, tiró de él desesperadamente, mientras veía cómo el enorme y monstruoso ojo se iba acercando a medida que el lobar replegaba sobre sí mismo el tentáculo. Al fin logró coger el mango del machete. Y lo tomó nerviosamente, intentando cortar con él el tentáculo que lo aprisionaba fuertemente.

Pero no lo logró. Los que sabían de los lobares le habían dicho en más de una ocasión que el tentáculo móvil de estos animales era un largo filamento musculoso, extraordinariamente fuerte y resistente, muy difícil de cortar aun con el auxilio de un hacha. Los golpes que infería causaban muy poca mella, apenas unas rozaduras y algunas contracciones del músculo. ¡Y mientras, el inmenso disco rojo del ojo se iba acercando por momentos!

Vio, en la parte superior de la zona blanca del ojo, un regular agujero por el que manaba un zumo amarillento. La bala del disparo efectuado por él, al explotar, había causado aquella herida. Pero no era suficiente para acabar con el monstruo. Su única parte verdaderamente vulnerable era la zona roja de la pupila. ¡Y él se interponía entre ella y los que, allá abajo, contemplando ansiosamente la escena, hubieran podido ayudarle!

-¡Dios! -oyó, como en una pesadilla, que una voz de mujer gritaba desde allá abajo-. ¡Lo va a devorar!

La parte roja del ojo estaba ya delante mismo de él. Bastaría alargar su mano, y podría tocarla. Sabía que dentro de poco su cuerpo entraría en contacto con ella, y aquello significaría su fin. Sería absorbido sin remedio,

devorado por aquella inmensa pupila que era a la vez ojo y boca...

Y de pronto recordó algo. ¡El machete que tenía en la mano!

Sabía que aquello no era suficiente como para matar al lobar, pero sí para herirlo en su parte más vulnerable. Y un lobar herido se repliega sobre sí mismo, aflojando su presa. ¡Sí, eso era!

No vaciló. Empuñando el machete con mano firme, adelantó el brazo, y dio el golpe.

No fue un golpe directo, de fuera adentro, sino lateral. El machete trazó un tajo en el aire, de derecha a izquierda, de un lado a otro de la gran pupila. Fue un golpe que hubiera causado un enorme corte en cualquier materia. Y que lo produjo en aquella misma substancia. La pupila del ojo de un lobar podía absorber un cuerpo poco a poco, lentamente, pero no de una sola vez. ¡Y el machete provocó una amplia herida en aquella enorme mole roja!

Los efectos fueron instantáneos. Frank notó cómo la fuerza del tentáculo que le aprisionaba disminuía bruscamente, dejándole libre. Del animal no surgió ningún grito, ningún lamento; los lobares no podían producir ningún ruido. Pero Frank se vio precipitado al suelo, libre del dogal que le oprimía. Su cuerpo chapoteó en el agua fangosa, y aquello aminoró la caída. Y allí quedó, con la cara casi hundida en el barro, inmóvil durante unos segundos, aturdido todavía por la rapidez con que había ocurrido todo.

Casi al mismo tiempo que Frank caía al suelo, libre ya de la presa del lobar, a sus espaldas sonó un disparo. Se oyó un fuerte e intenso chapoteo, y algo grande y pesado cayó bruscamente a su lado, a muy poca distancia de su cabeza, levantando un verdadero surtidor de lodo.

Tras unos instantes de inmovilidad, se puso trabajosamente en pie. No tenía ninguna herida, salvo algún ligero magullamiento y una opresión en el estómago, debido al dogal del tentáculo del lobar. Miró a su alrededor, todavía semiaturdido. En realidad, todo se había desarrollado en escasos segundos, pero a él le había parecido que transcurrían horas. A su lado yacía, sin vida, el cuerpo del lobar. Un certero disparo había aprovechado la ocasión, incrustándose profundamente en la parte roja del ojo y estallando en su interior, produciendo al instante una herida mortal por necesidad.

Se volvió hacia los demás, que acudían a su lado. Robert Slan, con su fusil en la mano, acudió junto a él. No era necesario preguntar para saber que

él había sido quien había disparado.

-Gracias -murmuró.

-No tiene nada que agradecerme -murmuró el hombre con voz baja-. Al fin y al cabo, solamente he velado por mis intereses. Si usted hubiera muerto ahora y a mí me hubiera sucedido algo, ¿quién se hubiera hecho cargo de los documentos para entregárselos a Van Meers?

Charlie, Skoog y Bran Mayerling interrumpieron el diálogo. Los tres habían permanecido al lado de Slan durante el desarrollo de la escena, viendo impotentes como sucedía todo. Charlie no había tenido la suficiente rapidez como para adelantarse al otro en el disparo, y su posición desfavorable al final de la columna le había privado de ser de gran utilidad. Los demás componentes de la expedición, que se habían protegido tras las más próximas plantas y cañaverales, contemplando desde allí la escena, acudieron también a su lado. Alguien comentó:

-Tiene muy buena puntería, mister Slan.

-Sí, soy un gran aficionado a la caza, y he practicado mucho con rifle y escopeta. Y aunque nunca se me ocurrirá -miró con cierto aire irónico a Burton- disparar contra un arácnido que se encuentre a poca distancia del rostro de una persona, creo que puedo decir que acierto casi siempre en el mismo lugar donde apunto.

Roger Burton, como contestando a la muda insinuación de Slan, hizo un gesto de impotencia.

-Ciertamente, yo también hubiera acudido en ayuda del piloto al saber que estaba en peligro, pero -se volvió hacia Frank- usted mismo me prohibió que hiciera uso de mi rifle sin que usted me lo autorizara. Y no quiero desobedecer en nada sus órdenes.

Frank dejó escapar una risita sarcástica.

-Sí, ya me lo he supuesto.

Miró a su alrededor. Su rifle, que había dejado caer al principio del ataque, debía estar por allí hundido en el fango, y la tarea de encontrarlo sería tan difícil como la clásica de buscar una aguja en un pajar. No les quedaría más remedio que darlo por perdido. Tomó uno de repuesto, e indicó que podían continuar la marcha.

-¿No desea descansar un poco? -inquirió Slan.

Frank negó con la cabeza; el sitio no era el más apropiado para ello.

Además, personalmente no necesitaba un descanso; se encontraba bien. Era mejor seguir adelante.

Roger Burton le señaló el caído cuerpo del lobar.

-Si no me equivoco, los cazadores de estos animales suelen cortarles después de muertos el tentáculo de la lengua para guardarlo como trofeo. ¿No piensa hacer usted lo mismo, señor piloto?

-No, gracias; ya he tenido bastante intentándolo cuando me tenía aprisionado. Si lo desea, puede hacerlo usted por mí. Así podrá exhibirlo en la Tierra como trofeo de guerra. Quizás sus amistades le admiren por esto. E incluso le consideren un héroe "por haber dado muerte" a un monstruo como éste.

Dio media vuelta y, colocándose el fusil en bandolera y empuñando nuevamente el machete, se colocó al frente de la columna dispuesto para reemprender la marcha.

CAPÍTULO V
AVIÓN DE RESCATE

Siguieron avanzando, sin ningún otro tropiezo, en una buena extensión de terreno.

Los cañaverales de la orilla del lago se prolongaban durante un largo trecho de terreno, y la ausencia de ninguna extensión, por pequeña que fuera, de tierra firme, les obligó a seguir andando sin poder proponerse ningún descanso. William Skoog se quejó de ello, y lo mismo hizo Clark Woolner. La única contestación fue que si querían tenderse en los cañaverales a descansar entre el fango, podían hacerlo libremente. Los dos hombres callaron y resolvieron seguir adelante con los demás.

El machete de Frank trabajaba incansablemente, y al poco tiempo tuvo que ser relevado por Charlie en aquella tarea. Los cañaverales se extendían sin ninguna variación perceptible en todo lo que abarcaba la vista, sin que en ningún momento se presentara el menor indicio de que estaban llegando a su final.

La fauna de aquellos lugares era muy variada, y consistía en su mayor parte en animales de escaso tamaño. Ratas de agua, como se les llamaba, unos pequeños animales anfibios, parecidos en su color y pelaje a las ratas terrestres, que se alimentaban de los pequeñísimos, casi microscópicos gusanos que pululaban en aquellas aguas. Gran cantidad de insectos volaban por los alrededores, librándose de ellos los expedicionarios gracias a la crema especial antiparasitaria que llevaban, crema casi insustituible en Venus, que los ahuyentaba por completo. La flora, en cambio, consistía solamente en las delgadas, altas y resistentes cañas, truncadas de tanto en cuando por unas plantas de tronco magro y flores amarillo-paja, altas de unos dos metros, y que se combaban a la sola presión de las manos.

Los pies seguían hundiéndose hasta la rodilla en aquella agua semifangosa, y se tenía que ir tanteando el camino con pértigas antes de avanzar, lo cual retrasaba mucho la marcha. A las dos horas después de haber encontrado al lobar volvió a llover. La lluvia duró dos minutos solamente; luego el aire volvió a despejarse. Los expedicionarios no disminuyeron la marcha.

No encontraron ningún otro lobar en el camino. A las cuatro horas de haber encontrado al que atacó a Frank, los cañaverales empezaron a aclararse

perceptiblemente. Y más allá se semivió la extensión arenosa de una playa.

Charlie, que en aquellos momentos iba a la cabeza abriendo el camino y tanteando el terreno, comunicó la noticia a los demás. Casi insensiblemente, los pasos se hicieron más rápidos. Bajo sus pies, la tierra empezó a convertirse de fangosa en arenosa, y las piernas ya no se hundían hasta la rodilla. Los cañaverales fueron desapareciendo. La marcha se recrudeció, y al fin pudieron llegar al lugar donde se hallaba el último cañaveral. Allí, ante ellos, en una extensión ininterrumpida de varios kilómetros, se abría la playa.

Habían desembocado casi en su nacimiento, es decir, casi en el lugar donde se conjuntaba con la selva. Su extensión hasta el agua era de unos trescientos metros, y la blancura y uniformidad de la arena eran perfectas, intachables. Allí donde moría la playa para empezar los cañaverales, el agua formaba un entrante a modo de golfo que cerraba la zona arenosa, reduciéndola en unos cien metros. Los cañaverales se extendían hasta el interior del lago, formando una maraña de plantas tiesas y verticales que semejaban cañones de fusiles, en constante alerta hacia el cielo.

Apenas llegaron al límite de la playa, todos se dejaron caer pesadamente al suelo. En verdad, después de cinco horas de caminar ininterrumpido por los cañaverales tenían bien merecido un descanso. Giacomo Funicello, un italiano enriquecido por el contrabando en otros tiempos y considerado en la actualidad como una de las personas más ricas y honorables de Italia (aunque mucho más rica que honorable), inquirió:

-¿Qué extensión tiene este lago?

-Unos cincuenta kilómetros -respondió Frank, mirando a lo lejos la bruma que constituía la otra costa del lago-. Es uno de los más extensos de esta región. Y quizás, por suerte nuestra, el menos poblado de lobares.

-¿Ah, sí?

-Sí. A los lobares les gustan las aguas estancadas, repletas de lodo e infestadas de plantas y animales acuáticos. Allí hay más vida. Este lago es demasiado claro, les ofrece poco alimento.

Observó su reloj. Habían pasado ya ocho horas y media desde que abandonaran el aparato. Propuso:

-Creo que lo mejor será avanzar un poco más, apartándonos de los cañaverales, hasta llegar a una parte más despejada de la playa. Allí podremos establecer nuestro campamento nocturno -y miró, irónicamente al sol, firme

en el cielo-. En caso contrario, si solamente intentamos descansar un poco aquí para seguir luego nuestro viaje, no podremos levantarnos.

La propuesta fue aceptada por unanimidad. Todos estaban cansados, pero todos deseaban también armar ya las tiendas y echarse a dormir. Volvieron a recoger los bultos, y siguieron andando por la playa, apartándose de la linde de los cañaverales. Cuando llegaron a una distancia de unos quinientos metros, Frank ordenó el alto.

-Creo que aquí estaremos bien -murmuró.

Todos afirmaron. Allí la extensión arenosa era de unos trescientos metros desde el lindero de la selva hasta el agua. La arena era húmeda, pero no excesivamente mojada, y su misma humedad la hacía más compacta y consistente. Frank desmontó la mochila de las tiendas, y tomó los largueros de las mismas. Ayudado por Charlie, Slan, Skoog y Funicello, poco después las cuatro tiendas quedaban montadas, paralelamente, ocupando las dos mayores los extremos y las dos pequeñas el centro.

Frank indicó cómo se distribuirían los ocupantes en ellas. De los diez hombres que formaban la expedición, cinco ocuparían una de las tiendas grandes, y cuatro la otra. El matrimonio Burton pasaría a ocupar una de las pequeñas, y Clara Hayes y Laura Benton la otra. No hubo ningún reparo a esta decisión.

-Debemos montar turnos de guardia a fin de evitar cualquier sorpresa -indicó Frank-. Propongo tumos de tres horas, escalonados, para todos los hombres, aunque quizás debamos excluir de ellas a mister Mayerling. Creo que los demás no tendremos nada que oponer a esta medida, ¿no les parece?

A muchos no les pareció nada bien, pero no dijeron nada, comprendiendo la lógica del razonamiento de Frank. Aceptaron lo dicho, y se acordó por suertes que el primer turno lo haría Skoog, a quien seguirían, por orden, Woolner, Slan, Burton, Frank, John Pops, Funicello, Charlie y Holten.

Así se hizo. Tras repartir las raciones correspondientes, todos se retiraron a descansar. Los interiores de las tiendas estaban convenientemente acondicionados para ofrecer una seguridad y un abrigo absoluto con relación al ambiente exterior. En la parte superior de ellas había un pequeño pero efectivo aparato refrigerador y renovador de aire, que mantenía el ambiente y la temperatura constantes dentro de la tienda. Por otra parte, los livianos y cómodos sacos de dormir ofrecían una comodidad que no tenía nada que

envidiar a la de las mejores camas.

En el exterior, Robert Slan empezó a montar su guardia, con el fusil entre manos. En el cielo, el Sol apenas se había movido de sitio desde que salieran del helirreactor. Su luz se reflejaba intensamente en las transparentes aguas del lago, que reverberaban en plateados destellos. Al otro lado, la selva era un conglomerado de ruidos. Slan se felicitó a sí mismo por haber podido lograr encontrar un sitio como aquél para armar el campamento. No hubiera sido ni con mucho tan cómodo y tan seguro en otra parte, en medio de la selva por ejemplo.

Transcurrieron las tres horas de guardia sin que se produjera ninguna novedad, y Slan se dirigió a despertar a Clark Woolner. Este rezongó un poco, murmuró algo desagradable acerca de la compañía “Venus Aerotransports Co.”, y acabó levantándose. Requirió su fusil, y salió al exterior.

Comparado con la frescura y buen ambiente del interior de las tiendas, en el exterior el calor era achicharrante. Húmedo, repleto de olores diversos que llegaban de la selva, pesado, lleno de mosquitos y demás insectos parásitos, el aire no era muy agradable de respirar. Se dio una capa de aceite protector en la cara y las manos, y luego, dejando el rifle a un lado, colocando los codos sobre las rodillas y la cabeza sobre las manos, se puso a pensar, renegando.

Se imaginó lo que estaría sucediendo en aquellos momentos en Colinas. Max Blint, el productor y director de la película que tenía que ir a rodar, estaría echando chispas, estudiando la manera de ponerle un pleito bomba a la compañía de aerotransportes. Cada día de demora de la película en Venus costaba ochenta mil dólares de equipo y aquello, a la larga y aún a la corta, era una verdadera fortuna.

Y Max Blint no era hombre muy dispuesto a gastarse fortunas. ¿Qué estaría pensando de él en aquellos momentos?

Y lo que dirían los periódicos respecto a su persona. Clark Woolner, el ídolo de todos los públicos, desaparecido en la selva venusiana cuando iba a rodar una película. Aquello sería una gran publicidad gratuita para su figura, era cierto, aunque muchos dijeran que no se trataba más que de un truco publicitario. Truco publicitario. ¡Je! Si le vieran allí...

Al pensar en aquello enrojeció. Si sus miles de admiradoras le vieran allí, sucio, con el vestido lleno de barro, teniendo que montar guardia para

velar el sueño de los demás, él, todo un Clark Woolner... Claro que no podía quejarse del todo de su suerte, pero... ¡si al menos tuviera una compensación!

Y pensó en Clara Hayes. Era la única mujer (según entendía él el significado del vocablo mujer) de la expedición. Porque Laura Benton era demasiado vieja, y Rosa Burton tenía ya compañero. Sólo quedaba ella...

Pero ella no le hacía el menor caso. Woolner estaba acostumbrado a que todas las mujeres suspiraran al verle, pero Clara Hayes se había mostrado fría para con él desde el primer momento. Claro que ella también era famosa y estaba acostumbrada a que los hombres se desvivieran en atenciones para con ella, pero ¡qué diablos, a él la chica le gustaba endemoniadamente!

Volvió a sus cavilaciones sobre su situación. En sí, no dejaba de tener cierta ironía la cosa. La película que tenía que interpretar versaba sobre una expedición que se perdía en los pantanos de Venus, teniendo que luchar contra los mil peligros que les acechaban antes de llegar a un lugar civilizado. Él, como siempre, era el héroe, el que se imponía en todos y los conducía hacia la salvación, al tiempo que de paso, y para no perder la costumbre, enamoraba a la heroína de turno. Y de repente se encontraba allí, sin ni siquiera desearlo, en medio de la selva venusiana. Pero sin extras ni trucajes, ni monstruos de cartón y engranajes metálicos. Allí estaba la realidad viva y palpitante de los pantanos de Venus. Y él no era ni con mucho el protagonista, el héroe de la jornada...

Apartó de sí aquellos tristes pensamientos para concentrarse en lo que haría cuando llegara a Colinas. La experiencia vivida podría servirle para escribir un libro de sus aventuras. Y teniendo en cuenta que era él quien lo escribía y contaba un hecho autobiográfico, sería un éxito rotundo. Lo titularía... pensó unos momentos el título. Sí, “Quince días a través de los pantanos”. O mejor quizás “Quince días perdido en los pantanos”. La novela, naturalmente, hablaría de él, de sus impresiones, de sus sentimientos ante el peligro, de su estado anímico... Luego, seguramente, haría una película sobre el mismo tema. Y conquistaría a todo el público con una interpretación vivida, real ciento por ciento. Sería el mayor éxito de su carrera artística. Claro que procuraría que él tuviera un carácter más activo en el mando de la expedición...

Y en aquel mismo momento, un ruido extraño vino a turbar sus pensamientos, haciéndole volver bruscamente a la realidad.

Al principio no supo con exactitud de qué se trataba. Sólo era un ruido distinto de los que le llegaban desde la selva y desde las cercanas aguas. Un ruido que hacía pocos segundos no oía. Un ruido desconocido, pero que remotamente asociaba con algo.

Levantó la cabeza, y escudriñó el cielo. Allí debía estar el objeto que producía el ruido. Fue recorriendo todo el espacio azul...

Y lo vio. Era un objeto distante, pero claramente perceptible e identificable. ¡Cielos, era un avión!

Al principio no supo qué hacer. Quiso asegurarse de lo cierto de su aseveración, y volvió a mirar hacia el objeto. Sí, era demasiado grande y de vuelo demasiado regular para ser un ave. No podía ser más que un avión. En unos momentos pasaron por su cabeza mil ideas distintas. Quiso correr, gritar, agitar los brazos para llamar la atención del aparato... Pero lo único que se le ocurrió hacer fue entrar raudamente en una de las tiendas y ponerse a gritar:

-¡Pronto, pronto! ¡Hay mi avión! ¡Un avión ahí afuera! ¡Está volando por los alrededores, sin duda buscándonos! ¡Hay que hacer algo, pronto, antes de que se aleje demasiado!

Frank, medio dormido en su saco, abrió ligeramente un ojo, oyendo algo de un avión. Al principio no supo de qué se trataba. Y cuando al fin lo comprendió, pegó un salto, abrió de un solo golpe la cremallera del saco, y se lanzó a toda velocidad hacia el exterior.

-¿Dónde se encuentra?

Woolner se lo señaló. En aquellos momentos volaba por encima de la superficie del lago. Iba despacio y a baja altura, como si buscara algo. Y Frank se imaginó en seguida el qué. ¡Les estaban buscando a ellos!

Se metió nuevamente en la tienda, lanzándose hacia la mochila de las herramientas, donde iban acondicionadas las bengalas de luz y humo. Tomó una de éstas últimas, y sin perder tiempo salió de nuevo al exterior.

Otros de los pasajeros, alarmados por el ruido y la súbita agitación, habían salido también al exterior, y contemplaban la mole del aparato, saltando y agitando los brazos en un inútil esfuerzo de hacer señas que fueran vistas por el avión. Frank tomó el tubo conductor de la bengala, algo parecido a un lejano bazooka pero más pequeño, y lo apuntó hacia el avión. Apretó el disparador, la bengala hizo contacto, se encendió, y partió como un cohete hacia adelante y hacia arriba, dejando tras de sí una espesa estela de humo

negro que lentamente se fue haciendo más ancha y más visible, marcando claramente la ruta que había seguido en su camino.

Todos aguardaron con ansiedad. Indudablemente, desde el avión tenían que haber visto la señal, y la estela de humo era una clara flecha indicadora que señalaba hacia ellos. Efectivamente, desde el aparato debieron de advertirles, pues el avión dio un cuarto de vuelta, enfiló su morro hacia ellos, y disminuyó aún más su altura.

Todos los ojos estaban fijos en él. Allí estaba el avión que los rescataría, el que les libraría de tener que atravesar a pie toda la selva venusiana. El aparato se iba acercando cada vez más, y a medida que lo hacía podían irse divisando los detalles de su estructura. No era un helirreactor, sino un simple monoplano, de una sola hélice. Casi a ras de las copas de los árboles que los expedicionarios tenían tras ellos, el aparato se fue acercando. Todos levantaron las manos, saludándolo alegremente. Y el aparato llegó hasta ellos, pasó raudamente por encima de sus cabezas, se elevó de nuevo a sus espaldas, y se perdió hacia arriba en el cielo.

-¿Qué hacen estos locos? -gruñó Skoog-. Valdría más que aterrizaran de una vez y nos recogieran.

-No pueden hacerlo -indicó Frank-. La índole de su aparato no se lo permite. Además, es demasiado pequeño para albergarnos a todos.

-¿Entonces? -la desilusión se había pintado en el rostro del hombre.

-Nada. Simplemente, lo que han hecho ahora ha sido identificarnos. Darán aviso a Colinas y a base Tierra de nuestra situación, y desde allí enviarán un helirreactor a buscarnos. Lo único que tendremos que hacer ahora será aguardar.

-Bueno -gruñó Roger Burton, que junto con su esposa había salido también de su tienda-. Pero que sea pronto. Ya me estoy cansando de esta estúpida aventura.

El avión, en las alturas, dio media vuelta y volvió a situarse en el centro del lago, enfilando de nuevo hacia ellos. Disminuyó sensiblemente la velocidad, y descendió considerablemente.

-¡Je! -se rió sarcásticamente Woolner-. El piloto debe ser corto de vista. O acaso no acaba de convencerse de que somos nosotros.

En efecto, el piloto del avión, como si quisiera asegurarse de lo que había allí abajo, volvía sobre sus pasos, dispuesto a efectuar otra pasada.

Todos, parados frente a las tiendas, de cara al lago, lo contemplaban con atención.

Todos, menos John Pops.

Frank lo vio con el rabillo del ojo. Salía de su tienda, llevando en la mano su inseparable maletín negro. Y en vez de juntarse con los demás, dio media vuelta y echó a correr en dirección contraria, hacia la selva.

En otras circunstancias, a Frank le hubiera extrañado este acto, pero ahora su atención estaba fija en el aparato que se acercaba. Todos volvieron a agitar los brazos en señal de amistoso y agradecido saludo de reconocimiento. Frank clavó su vista en el aparato, y vio que, en la parte delantera de sus alas, se abrían una especie de pequeñas portillas, en número de seis. Al principio no supo a qué podía obedecer aquello. El aparato enfilaba recto hacia ellos, como si quisiera aterrizar allí, en el exiguo espacio de la playa. Cada vez se acercaba más, sin variar en lo más mínimo de dirección.

Y de pronto, cuando ya parecía que el aparato se les iba a echar encima, Frank comprendió. Recordó un detalle que le había quedado de la identidad del aparato, fijado en la pasada anterior, y recordó también lo que le había contado Slan. Y comprendió por qué el aparato no variaba su dirección, el porqué de aquella segunda pasada, y el porqué de las portillas en la parte delantera de sus alas.

Y se arrojó con todo su ímpetu contra la persona que tenía más cerca de él, empujándola hacia el suelo, al tiempo que gritaba:

-¡Pronto, échense al suelo! ¡Está intentando ametrallarnos!

CAPÍTULO VI
ATAQUE

Frank no llegó a comprender nunca cómo su advertencia tuvo tan instantáneos efectos.

El solo retraso de un segundo hubiera sido fatal para todos los componentes de la expedición. El aparato se encontraba ya encima de ellos, y quizás esto fue lo que en su mayor parte hizo que instintivamente los demás se arrojaran al suelo. Casi al mismo tiempo, de las abiertas portillas de las alas del aparato empezaron a salir lenguas de fuego. Se oyó un acre y violento crepitar, y todos pudieron oír el silbido de las balas por sobre su cabeza. A sus espaldas empezaron a oírse apagadas explosiones, y se levantaron altas nubes de arena...

El aparato viró hacia arriba en el último momento, elevándose por encima de los árboles cuando ya parecía que iba a echarse contra ellos. Y cuando el ruido del motor se fue apagando en la distancia, todos se pusieron en pie, con gestos de estupor y de sorpresa en el semblante.

-¿Hay algún herido? -inquirió Frank.

No, no había ninguno; tan solo Funicello, que se había dado un golpe en la cabeza al arrojarse al suelo. Y...

-Falta mister Pops -hizo notar Skoog.

Frank recordó que lo había visto, con su inseparable maletín en la mano, huir hacia la selva antes de que empezara todo. Aquello era verdaderamente extraño, y en otras circunstancias Frank lo hubiera notado. Pero en aquellos momentos sólo pensó en lo práctico de la idea. Y exclamó:

-¡Pronto, diríjanse todos hacia la selva! ¡El avión puede intentar efectuar una nueva pasada!

No era necesario que dijera aquello. En el cielo, la mancha negra del aparato volvía al centro del lago. Todos se lanzaron a la carrera hacia la protección de los primeros árboles, dispuestos a ocultarse entre ellos. Cuando Roger Burton pasó por su lado, Frank lo cogió de un brazo.

-Un momento, mister Burton. Necesito su rifle.

-¿Mi... qué?

-Su fusil.

El hombre dejó escapar un grito.

-¡Pero oiga, está usted loco o qué! Aquel fusil es un arma especial, y

no pienso dejarlo en ningunas manos que puedan estropeármelo. Yo...

-Está bien, si no quiere dejárselo a nadie, allá usted. Cójalo, y venga conmigo. Así tendrá ocasión de demostrar su buena puntería.

-Pero...

Frank le dio un empujón.

-¡Vaya a buscarlo! El avión está volviendo.

Más que la orden de Frank, lo que impresionó a Burton fue la indicación referente al aparato. Se metió apresuradamente en la tienda, y pocos segundos después salía de nuevo con el riñe en las manos.

Mientras, Frank había buscado un sitio donde la arena formaba una especie de pequeña duna. Tras ella se ocultó, tumbándose en el suelo, dando la cara al aparato. Burton no tardó en unírsele, trayendo entre manos el arma.

-Muy bien -exclamó Frank-. Ahora puede tener ocasión de demostrar su destreza y puntería con esto. Este fusil alcanza cinco kilómetros, ¿no? Muy bien. Entonces apunte hacia el aparato, y cuando yo le diga que dispare aprieta el gatillo, ¿entendidos? Vamos, prepárese.

El avión se acercaba, dispuesto a efectuar su segunda pasada. Esta vez había variado ligeramente la dirección de su trayectoria, apuntando directamente al lindero de la selva. Se había apercibido ya de la maniobra de los expedicionarios.

Frank fue contando mentalmente la distancia que los separaba del aparato; quería estar seguro del disparo. Dos kilómetros, uno y medio, uno, novecientos metros...

-¡Ahora! -exclamó cuando el aparato estaba a ochocientos metros-. ¡Dispare!

El aparato sobrepasó los ochocientos metros, llegó a los setecientos... Pero el fusil de Burton no emitió ningún sonido.

Frank se volvió hacia él. Burton, acodado en tierra, con el fusil entre las manos, apuntando al avión, temblaba visiblemente. Murmuró:

-No... no puedo. No soy ningún asesino.

Frank dejó escapar una maldición, y le arrebató el arma de un golpe.

-¡Estúpido! -gritó-. ¿Quiere que nos maten impunemente?

El aparato llegaba ya sobre sus cabezas, y empezaba a lanzar sus andanadas contra los primeros árboles de la selva. Frank rezó por que los otros se hubieran ocultado más hacia el interior. Los disparos del aparato se

clavaban al pie del lindero, y las balas explosivas estallaban entre los árboles, desgajando algunos con su onda expansiva y levantando surtidores de tierra y arena. Frank se encaró el fusil al hombro, apuntando con precipitación al aparato. Esperó que hubiera pasado por encima de ellos, y entonces...

Fueron cinco disparos seguidos, a ritmo de metralleta. Frank tuvo la satisfacción de ver cómo tres de ellos, guiados certeramente por la precisión y el impulso del soberbio rifle, daban en el blanco, dos en el plano de cola y otro en la parte inferior de! aparato. Las balas (Frank había tenido buen cuidado de disparar las explosivas) estallaron al chocar contra el fuselaje, y Frank sintió una gran alegría al ver cómo el avión cabeceaba, como un pájaro herido de muerte. Con una gran dificultad logró superar el obstáculo de los primeros árboles, y una fina estela de humo empezaba a salir de la parte inferior de su cola. El aparato intentó remontarse, pero no pudo. Y poco después lo perdían completamente de vista tras los primeros árboles de la selva.

Frank se levantó, con el rifle entre las manos. Lo arrojó contra Burton, que permanecía todavía en el suelo, presa del miedo.

-Ahí tiene su reliquia, héroe -murmuró-. Quizás le haga falta para matar con ella alguna otra araña venusiana.

Lo dejó a sus espaldas, dirigiéndose hacia el lindero de la selva. A medio camino vio cómo empezaban a salir varias figuras de ella. Las fue contando. Woolner, Clara Hayes, Mayerling y Laura Benton, Slan, Skoog, Holten, Funicello, Rosa Burton... John Pops no apareció, al menos de momento.

Todos se acercaron hacia él. Slan inquirió si se encontraba bien. Rosa Burton avanzó hacia su marido, que permanecía todavía tendido en el suelo, tras la duna. Frank contestó a la pregunta de Slan:

-No ha sucedido nada irreparable. Al menos por ahora.

-¿Y el avión?

-Le logré dar. A estas horas estará empotrado en algún lugar de la selva.

Clara Hayes se llevó una mano a la boca.

-Entonces, ¿sus tripulantes?...

Frank se encogió de hombros.

-No lo sé. Á lo mejor han podido saltar antes de que el aparato chocara. Aunque no creo que a nosotros nos importe esto. Al fin y al cabo,

ellos no han demostrado demasiadas buenas intenciones.

Retrocedió sobre sus pasos, para examinar las tiendas. Algunas de las balas de la primera pasada las habían alcanzado, abriendo algunos amplios boquetes. La más dañada había sido la primera, que presentaba cinco grandes agujeros en su tela. En el interior, Frank pudo contemplar una mochila de alimentos completamente reventada al ser alcanzada por una bala y haber explotado ésta en su interior. Suspiró. Por suerte, los daños no habían sido demasiados.

-Podremos reparar los agujeros de las tiendas con la tela de la mochila rota -sugirió-. No quedará demasiado elegante, pero sí bien. A mi parecer...

-Un momento, señor piloto.

Frank se volvió. Clark Woolner, con aire belicoso, parecía estar dispuesto a iniciar un ataque en toda regla.

-¿Desea algo, señor Woolner?

-Sí. Tal vez usted no se haya dado cuenta o no quiera darse cuenta de ello, pero este aparato ha intentado matarnos. Nos ha ametrallado a mansalva, sin que nosotros pudiéramos hacer nada para defendernos.

Frank sonrió.

-Siento decirle que está ligeramente equivocado, señor Woolner. En lo primero, no nos ha ametrallado a mansalva, por cuanto todos estamos todavía vivos. Y no lo ha hecho sin que nosotros pudiéramos defendernos, por la sencilla razón de que al final hemos sido nosotros quienes hemos acabado con él, no él con nosotros. ¿No le parece?

-¡Eh!... Sí, bueno, es lo mismo. Lo importante es que ha intentado matarnos, nos ha ametrallado, sin ningún motivo aparente. Y esto me hace pensar en el accidente del helirreactor en el que viajábamos. Usted mismo dijo, no puede negarlo, que el aparato había sido saboteado. Y esto de ahora parece ser una consecuencia tan sólo de aquello.

-Muy bien. ¿Y qué?

-¡Cómo que y qué? Pues que creo que nosotros (es decir, todos), tenemos derecho a saber los motivos del porqué esto ocurre. No es ningún juego de niños lo que sucede; la vida de todos está de por medio, y creo que no es cuestión de andarse por las ramas. Quiero saber (es decir, queremos saber), los motivos del porqué sucede todo esto.

Frank quedó pensativo unos momentos. Vio a Slan abrir la boca para

decir algo, y le hizo una disimulada seña con la mano, cortándole con rapidez;

-Estoy de acuerdo con usted, señor Woolner, y crea que mi mayor placer sería poder complacerle. Pero lamento comunicarle que esto es imposible. Sobre el particular sé tanto como usted. El responsable puede ser cualquiera de nosotros. Incluso usted mismo. ¿Por qué no se lo pregunta a él directamente? A lo mejor se siente compadecido de su ansiedad y se lo comunica.

Woolner dio un fuerte puntapié en el suelo.

-¡Creo que esto no es para tomárselo a broma! ¡Está en juego la vida de todos nosotros!

-Lo sé, señor Woolner; ya lo ha dicho antes. Pero ¿qué quiere usted hacerle? ¿Qué logrará sabiendo quién es el que nos ha traído todo esto? Lo único que podrá hacer es atizarle un par de puñetazos en represalia de todo. Y ¿quedará más satisfecho después de haberlo hecho?

Un silencio siguió a estas palabras. Con el rabillo del ojo, Frank vio que John Pops había vuelto a aparecer, dejando el maletín a un lado y ocupando un puesto al lado del grupo. Le vinieron ganas de hacerle unas cuantas preguntas, pero prefirió no decir nada. Clark Woolner, ya más deshinchado, inquirió:

-Entonces, ¿qué piensa hacer?

Frank se encogió de hombros.

-Seguir nuestro camino, naturalmente. Por más peligros que nos acechen en él, no creo que los evitemos quedándonos aquí toda una eternidad.

Un nuevo silencio. Todos permanecían agrupados a su alrededor, sin hablar, como esperando algo. Aguardaban sin duda una decisión. Clara Hayes inquirió:

-¿Cuántas personas cree que ocupaban aquel aparato, capitán?

-No lo sé con exactitud. Aunque seguramente serían de tres a cinco. ¿Por qué?

-No, por nada...

Y la muchacha se encogió de hombros. Frank se decidió:

-Bien, señores. Creo que ya hemos hablado lo suficiente sobre el particular. ¿No creen que es mejor que volvamos a descansar? Mañana se nos presentará una buena jornada, y es mejor que estemos descansados. Usted, señor Woolner, puede continuar su guardia. A su hora será relevado.

*   *   *

-El aparato pertenecía a la compañía explotadora del plutonio -murmuró Slan-. Era uno de los que utilizan para custodiar los envíos en el interior del planeta; por esto iba armado. Y no cabía duda: buscaban los restos del aparato a fin de dictaminar si todo había resultado a la medida de sus deseos.

-Y, naturalmente, iban por usted.

Slan afirmó con la cabeza. Se encontraban en el exterior de las tiendas, donde Slan permanecía de vigilancia. Frank, sentado sobre unas rocas, a su lado, permanecía pensativo.

-¿Cree que habrán podido sobrevivir al aterrizaje? -inquirió Slan.

-No lo sé, aunque es probable que sí. Yendo pocos tripulantes, pueden haber saltado antes de que el aparato tomara un contacto demasiado brusco con el suelo. En este caso habrán salido del choque magullados, pero no muertos.

-¿Pueden haber comunicado por radio con su base central?

-Tal vez. Tiempo de hacerlo lo han tenido durante las dos pasadas que han efectuado sobre nosotros. Aunque quizás no lo hicieran, confiando en acabar ellos solos con nosotros. Esto es algo que solo ellos pueden saber.

Los dos hombres callaron unos instantes. De pronto, Slan preguntó:

-¿Por qué me hizo callar ante los demás?

-Porque no habría resuelto nada diciéndoles la verdad, salvo quizás dividir los ánimos. Ahora ellos saben que hay entre nosotros trece, uno que es el causante de todo, pero como que no saben quién es, callan, ateniéndose tan sólo al objetivo más principal de ahora: llegar a Colinas. Si supieran quién es el responsable de todo esto, a él le echarían la culpa de todo lo sucedido, lo que sucede y lo que pueda suceder. Y no les haría ningún bien esto. Por cierto -preguntó de pronto-. ¿Está seguro de que es usted el verdadero responsable de todo lo que sucede?

Slan le miró sorprendido.

-Después de lo sucedido, ahora estoy más seguro que nunca. ¿Por qué?

-No, por nada -y Frank pensó en John Pops y en su misterioso maletín, en su misteriosa escapada cuando hizo su primera aparición el avión, y en su misterioso silencio de después... Se levantó-. Creo que será mejor

descansar un poco -murmuró-. Mañana tendremos que andar mucho. Y no creo que sea cuestión de desperdiciar energías. Buenas “noches”.

CAPÍTULO VII
UN DISPARO LEJANO

La marcha reanudose poco después sin incidentes. Las tiendas fueron levantadas, metidas de nuevo en su mochila correspondiente, y todos se dispusieron a avanzar.

El camino por la playa fue fácil y, hasta podría decirse, cómodo. Desaparecida la formación en línea, todos marchaban en grupos, charlando entre sí, comentando la situación, los peligros que podrían encontrar allá en su camino...

Roger Burton se acercó a Frank.

-Quisiera disculparme por... por lo sucedido en el campamento -murmuró-. No era que tuviera miedo. Era... era...

-No tiene por qué disculparse, Burton. Es algo muy natural lo que le sucedió. Los nervios del momento. Más de una vez me ha ocurrido a mí.

Burton sonrió.

-Gracias.

Lo vio alejarse de nuevo hacia donde se encontraba su mujer, enlazarla por la cintura, y seguir así el camino, hablando entre sí. Volvió la vista. Al otro lado, solo, con su maletín en la mano, iba John Pops. A Frank empezaba a hacérsele sospechoso aquel John Pops y su maletín. Su escapada del campamento, *antes* de que sucediera todo, hacía sospechar de él. Aunque el avión que los atacara perteneciera a la compañía explotadora del plutonio.

La marcha siguió, sin que nada digno de mención sucediera. Pudieron divisar a lo lejos, en una de las orillas de los cañaverales, a un lobar, pero estaba demasiado distante para constituir una amenaza. La playa, por su misma condición de terreno despejado, era un lugar ideal para prevenir sorpresas. No había ningún peligro.

Durante tres horas anduvieron sin interrupción, y luego se echaron a descansar. Transcurrió plácidamente la media hora acordada, y de nuevo volvieron a ponerse en pie, preparándose para la nueva marcha.

Y ésta se reanudó. Al finalizar las tres horas de marcha se encontraban ya casi en el límite de la playa, allí donde, una vez bordeado el lago, debían de nuevo meterse en la selva. Anduvieron hasta llegar a aquel punto, y una vez allí se detuvieron a descansar.

-Bien -murmuró Frank-. Hemos llegado al final de la primera parte de

nuestro camino. De ahora en adelante deberemos marchar ininterrumpidamente por la *zona blanca*.

Laura Benton arrugó el entrecejo.

-¿Zona blanca? ¿Qué es eso?

-Le llaman así a las zonas totalmente inexploradas del planeta, las que se desconocen en absoluto por no haber sido nunca holladas por pies humanos. Son zonas de selva pantanosa; virgen, prácticamente podríamos decir desconocida. Y una de estas zonas es la que ocupa casi toda la extensión que nos separa de Colinas, unos ciento cincuenta kilómetros ininterrumpidos.

-Y... -la mujer dudó unos segundos-. ¿Encontraremos muchas dificultades en atravesarla?

Frank hizo un gesto ambiguo.

-No lo sé. Lo único que puedo decirle es que tenemos que atravesarla. No nos queda más remedio si queremos llegar a Colinas. Tenemos buenos fusiles y buenos machetes, y creo que podremos llegar allí sin contratiempos.

-Esperémoslo -murmuró, casi para sí mismo, John Pops.

A Frank le extrañó aquel *esperémoslo*. Desde que habían abandonado el aparato, John Pops se había sumido en un mutismo absoluto. Y ahora...

-¿Hay muchas especies animales en las zonas blancas, capitán? -inquirió Clara Hayes.

-Pues... conocidas, sí. Aproximadamente deben de haber unas cincuenta o sesenta de animales de poco tamaño, “animales bajos” los llaman aquí, y unas diez o doce de “animales altos”, o sea, animales de gran tamaño. Hay éstas, y seguramente otras que no conocemos en absoluto.

-Y, estos animales altos... ¿son peligrosos?

Frank sonrió.

-Según como se los mire. Hay algunos que son vegetarianos, y por este aspecto no hay peligro. Pero si se le echan a uno encima no hay régimen alimenticio que valga. Lo aplastan, quieras o no.

-Entonces atacan al hombre.

-Según. Por lo general no, pero si se enfurecen o invades sus dominios particulares, te consideran un enemigo personal suyo, y las consecuencias son fáciles de presumir. Pero no se asusten por ello. Generalmente todos estos animales son tan pesados al andar, que cuando avanzan hacia ti los oyes a una legua de distancia por las sacudidas de la tierra. Entonces es muy fácil

aprestar el fusil y cuando aparezca a tu lado, “¡Pam!”, listo. Es sólo cuestión de alerta y buen oído.

El resto de la media hora transcurrió apaciblemente, sin que nada turbara la tranquilidad. Al cabo, Frank se levantó, tomando su mochila.

-Creo que será mejor ponernos ya en marcha. Cuanto antes empecemos a andar, más pronto llegaremos a nuestro destino.

Todos le imitaron, levantándose y ajustándose sus mochilas. Frank se puso a la cabeza del grupo, y enfiló rectamente hacia la maleza que se abría ante ellos. Tomó el machete, y se lanzó hacia adelante. La *zona blanca* los esperaba.

* * *

La selva estaba en aquella parte tan tupida de lianas y hierbas parásitas que pronto tuvo Charlie que venir en ayuda de Frank, abriendo el camino en un frente de dos. Las lianas se entretejían entre sí de tal modo que formaban una especie de tela de araña por la que era imposible pasar. Entonces, los expedicionarios se veían obligados a dar un pequeño rodeo para evitarlas, buscando lugares de más fácil acceso.

De tanto en tanto llegaban a una especie de pequeño claro en la maleza, donde la vegetación se aclaraba, abriendo un respiro. Allí había veces en que el sol llegaba a tocar el suelo, cosa que antes era totalmente imposible. Pero pronto este claro volvía a espesarse, y las lianas y plantas trepadoras volvían a entorpecer la marcha.

-¡Dios santo! -oyó Frank exclamar a alguien a su espalda-. ¿Es que todo el camino va a ser así?

-No -replicó-. Ahora la maleza es tan espesa porque se encuentra cercana al lago. Luego, cuando nos hayamos apartado lo suficiente de él, la vegetación cambiará.

-Esperémoslo -fue el fervoroso comentario.

Efectivamente, a medida que se alejaban del lago, la vegetación, aunque copiosa, no iba siendo tan abundante en plantas parásitas, de modo que pronto un solo machete bastó para abrir camino. Los animales menores, que tanto abundaban a orillas del lago, fueron haciéndose más raros y empezaron a verse animales de mayor tamaño, parecidos a cervatillos, gamos, y otras especies de esta medida. Había unos, particularmente, del tamaño de cervatillos, provistos de unos cuernos largos, afilados, y dirigidos hacia

adelante. Se valían de ellos para abrirse camino entre la maleza, cortando las ramas y lianas que les obstruían el paso. Uno de éstos se colocó a un lado de la columna durante un trecho, y los fue acompañando, como si fuera con ellos. Frank lo quiso utilizar, haciéndolo marchar ante la columna, para que les abriera el paso, pero cuando lo intentó el animal, indudablemente asustado, escapó hacia un lado.

Siguieron andando. En el suelo, un suelo muy húmedo pero no fangoso (los mismos árboles impedían que gran parte de la lluvia que caía llegara a él), se veían innúmeras huellas de animales de mediano tamaño, e incluso algunas de otros mayores. La que despertó más expectación, provocando incluso más de una exclamación de susto, fue la de unos pies de apariencia semipalmípeda, de casi medio metro de largo. Por el lugar donde se encontraban las huellas, bastante profundas, la maleza aparecía quebrada, rota, indicando al mismo tiempo que el paso del animal su aproximado tamaño: unos dos metros y medio de altura por dos de anchura.

-No se alarmen demasiado -tranquilizó Frank-. Se trata de un animal más lento y más pesado en el andar que el hipopótamo terrestre. Por otra parte, es muy pacífico. Si hay un animal que no pueda atacarnos aquí en Venus, es éste.

-¿De qué se alimenta? -inquirió Philip Holten.

-De los frutos de algunos árboles de aquí. Lleva sobre la cabeza una especie de cuerno en forma de horquilla, con el que derriba la fruta, que luego engulle entera. No se preocupen. Le gusta tanto la carne humana como a nosotros el petróleo crudo o el carbón de piedra.

El camino prosiguió sin incidencias. Las tres horas fueron cumpliéndose, y Frank creyó que era cuestión de empezar a prepararse para buscar un lugar donde montar el campamento.

Y el lugar se presentó poco después. Un claro, una extensión de unos veinte metros cuadrados, donde solamente se podían advertir algunos tocones de árboles muertos.

-¡Diablos! -dejó escapar Williams Skoog-. ¿Cómo puede haberse producido esto?

-Es obra de un animal que habita por estos alrededores. Le llaman matatroncos, debido a su especialidad. Está provisto de unos poderosos incisivos, con los que va royendo la madera hasta hacer caer el árbol, para

luego chupar toda su savia. Bajo este tratamiento, es muy fácil adivinar que el árbol muere, quedando convertido en un tronco inútil. Por estas selvas se encuentran frecuentemente muchos lugares como éste. Son los sitios donde han anidado alguna colonia de estos animales.

-¿Y los troncos derribados?

-Son manjar exclusivo de otros animales que siempre acompañan a los matatroncos. Se alimentan exclusivamente de madera, y los devoran por entero, sin dejar el más pequeño rastro ni la menor muestra de aserrín. Aunque les extrañe, en Venus hay muchos animales de esta índole.

Se acomodaron en la explanada, depositando en el suelo las mochilas. Se abrió una, distribuyendo sus raciones, con lo que quedó definitivamente vacía. Frank la plegó, y la metió dentro de la mochila de las herramientas.

-Ahora seremos uno menos en cargar -comentó.

Con la punta del machete abrió la lata de su ración, haciendo saltar la tapa, y empezó a comer. Los demás, sentados sobre los tocones, le imitaron.

Fue transcurriendo el tiempo. Todo parecía estar tranquilo, apacible. Y de pronto...

Allá, en la lejanía, proveniente del lugar donde se encontraba el lago, sonó un disparo.

Todos se pusieron en pie, sorprendidos. Frank, dejando la lata a un lado, requirió el rifle. Y todas las miradas se dirigieron en dirección hacia donde había sonado el tiro.

Transcurrieron unos segundos de inmovilidad absoluta, en los que todos los oídos estuvieron pendientes del inusitado sonido. Luego, Clark Woolner inquirió:

-¿Qué habrá sido esto?

-Un disparo -explicó Holten, con la mayor buena fe.

Woolner miró al otro. No dijo nada, pero su mirada fue de por sí suficientemente explícita.

-Ha sonado en las inmediaciones del lago -observó inútilmente Burton. Todos se habían apercibido ya de la dirección de donde había venido el disparo.

Un nuevo silencio. Todos, atentos al sonido, no sabían qué hacer ni qué decir. Funicello murmuró:

-¿Estará habitado Venus?

-No lo creo -respondió Frank-. Hasta ahora no se ha descubierto ningún signo de vida inteligente en el planeta. Y además, si esto fuera cierto, estos tales habitantes no estarían provistos de rifles "Fabre 6", de fabricación terrestre.

Los trece hombres se miraron entre sí. En su memoria empezaba a abrirse camino el recuerdo del avión que los atacara. Skoog dejó expresar la opinión general:

-Tal vez sean los tripulantes del aparato derribado.

-Pudiera ser -concedió Frank-. Es imposible encontrar por estas latitudes una partida de caza; sólo puede ser alguien que esté en idéntica situación que nosotros.

-¿Qué hacemos? -volvió a decir Woolner-. ¿Los aguardamos?

-¿Para darles la bienvenida? No creo que sea lo más prudente. Será mejor que sigamos nuestro camino, sin preocuparnos de ellos. Creo que tendrán suficiente trabajo para abrirse camino entre esta selva como para pensar en nosotros.

-¡Pero pueden darnos una sorpresa! -exclamó Woolner.

-Muy bien, nos sorprenderemos. ¿O acaso cree que podemos hacer alguna otra cosa mejor?

Un silencio. Woolner se encogió de hombros. Y Frank hizo un gesto resolutivo.

-Volvamos a lo que estábamos haciendo -murmuró-. La comida "se estará enfriando".

Volvió a recoger su lata, y continuó comiendo tranquilamente.

*   *   *

Cuando terminaron de comer, Frank y Charlie recogieron los restos de las latas y demás utensilios, arrojándolos a un lado, en el bosque. Luego, Frank indicó aparte a Charlie y a Slan:

-Será mejor que se coloquen al final de la columna y vigilen constantemente a sus espaldas. Aunque haya dicho aquello, no me gustaría encontrarme con una sorpresa.

-¿Teme que intenten seguirnos para atacamos? -inquirió Slan.

-No lo sé. Pero no les costará mucho si encuentran el lugar por donde nos hemos internado en la selva. El camino que hemos abierto a través de ella es muy fácil de seguir. Y pueden alcanzarnos fácilmente.

-¿Contra qué habrán disparado?

-Tal vez contra un animal que les atacó, o contra cualquier otra cosa. Aunque lo que ahora importa no es contra lo que han disparado, sino contra lo que pueden disparar si llegan a sorprendernos. Hemos de estar prevenidos.

Cuando transcurrió la media hora prevista, Frank volvió a colocarse a la cabeza de la columna, y dio la voz de *adelante*. Poco después, el claro volvía a quedar otra vez desierto y a disposición de los animales que lo habitaban.

Mientras andaban, Frank pasó a sus espaldas la orden de que se evitara por todos los medios posibles disparar ningún tiro, a menos que fuera prácticamente inevitable. Todos los que estaban provistos de armas asintieron, comprendiendo el motivo de aquella indicación. Y la marcha continuó, en constante alerta, dispuestos a rechazar cualquier ataque por sorpresa.

CAPÍTULO VIII
BAÑO "NOCTURNO"

El conglomerado de ruidos de la selva formaban una especie de runrún típico, peculiar y característico, que solamente turbaba de tanto en tanto el chillido o el parloteo de algún kanú, el ruido de alguna rama al quebrarse o el rumor del viento al agitar las ramas de los árboles.

Pero pronto aquel ruido se vio turbado por otro más intenso, más fuerte y más alertador.

Frank se detuvo en seco al oírlo. Provenía de su izquierda y era, indistintamente, rumor de ramas rotas y apartadas, ruido de pasos enormes y pesados sobre el follaje del suelo, y vibración de la tierra bajo la acción de unas patas de enorme tamaño.

Dejando el machete, Frank requirió el rifle, poniéndolo en disposición de ser disparado. Escuchó atentamente. El ruido se oía distintamente hacia su izquierda, algo avanzado. Rezó mentalmente para que, fuera el animal que fuera, pasara lo bastante distanciado de ellos para que no los percibiera.

-¿Qué es? -susurró a sus espaldas la voz de Philip Holten.

-No lo sé -respondió Frank, también en un susurro-. Y deseo que no lo lleguemos a saber nunca.

El rumor fue variando de dirección, escuchándose más hacia delante de ellos, indicando que el animal pasaba algo distanciado del lugar donde se encontraban. Poco después, el ruido cesaba en su totalidad.

Frank permaneció todavía unos momentos con el oído alerta, escuchando. No fue hasta pasados unos buenos cinco minutos que, no oyendo nada anormal, se decidió a avanzar. Dio la orden y, dejando su rifle y empuñando otra vez el machete, continuó abriendo paso a la columna.

Así avanzaron por espacio de unos doscientos metros. Después, Frank advirtió que el terreno se iba haciendo más húmedo, lo que le hizo suponer la existencia de una charca cerca de ellos. Pensando que aquélla era una buena oportunidad de volver a llenar sus cantimploras-filtros, caso de que el agua reuniera las suficientes garantías, se dirigió rectamente hacia allí. Los árboles fueron haciéndose más pequeños y más espaciados al avanzar, hasta desaparecer casi por completo. Y no tardaron en desembocar en una especie de claro húmedo, fangoso, muy semejante al que les había servido como campo de aterrizaje para el helirreactor.

Pero aquél tenía algo más.

Frank se detuvo bruscamente al divisarlo. Allí había un animal venusino. Era un ejemplar del tamaño de un elefante, pero del doble de largo. Su cuerpo formaba como una semiesfera, terminando en la parte posterior en una cola larga, que se arrastraba por el suelo. Su cabeza era pequeña, alargada, y terminaba en una especie de tubo succionador muy parecido al que caracteriza al oso hormiguero terrestre. Frank conocía aquel animal, bautizado con el nombre de *anóquero* por su ferocidad, así como sabía también el motivo de su boca en forma tubular. El animal se alimentaba de los pequeños animales anfibios que poblaban las charcas y los estanques de Venus, y con aquella boca succionaba el agua que los contenía. Esta agua era expulsada después por una especie de aberturas, al modo de agallas, que tenía a ambos lados de la cabeza, y los animales que tragaba al mismo tiempo los engullía directamente, pasándolos a su amplio estómago.

Frank dejó caer el machete, requiriendo con presteza el rifle. No temía al régimen alimenticio del animal, sino a su irascibilidad y corpulencia. Miró a sus espaldas. En su marcha, se habían apartado unos diez metros del lindero de árboles. Ordenó a los que le seguían que fueran retrocediendo lentamente, procurando hacer el mínimo de ruido: el animal tenía un oído muy fino.

En aquellos momentos, el anóquero se encontraba en el borde del charco que ocupaba el centro del claro, afanado en la tarea de alimentarse. De momento, no se había apercibido de la presencia de los terrestres. Estos fueron retrocediendo lentamente, poniendo el máximo cuidado en hacer el menor ruido posible. Frank iba el último de la línea, con el fusil presto, preparado para cubrir la menor contingencia. Con todo, deseaba evitar el tener que disparar. Los árboles se iban acercando a ellos, ya faltaba poco para llegar a su linde...

Y, de pronto, el animal levantó la cabeza.

Tal vez fuera un ruido inusitado el que le alarmara, o tal vez alguna otra causa cualquiera. La realidad fue que levantó la cabeza, y dirigió la mirada de sus ojillos redondos a todo su alrededor, como buscando las causas de lo que había sucedido.

Y sus ojos terminaron fijándose en el grupo que formaban Frank y sus compañeros.

-¡Que nadie haga el menor movimiento! -gritó Frank, aprestando el

rifle.

El animal los observó durante unos segundos. Sus pies se movieron impacientes. Varió la dirección de su cuerpo, enfilándolo hacia el grupo. Y empezó a avanzar...

-¡Pronto! -gritó Frank-. ¡A los árboles!

A pesar de todo, no deseaba disparar, no quería delatar su presencia a los que quizás les siguieran los pasos. Fue retrocediendo junto a los demás, sin apartar ni un segundo sus ojos del animal. Éste había iniciado un lento caminar, que se transformó pronto en un trote corto y después en una franca carrera. Levantó al aire la cabeza, lanzando un grito que era como una especie de ulular triste y lastimero. Y continuó más rápidamente aún su veloz trote.

Los expedicionarios fueron retrocediendo hacia el bosque. Todo hacia prever que lograrían burlar al animal. Pero Frank no contaba con los imprevistos.

Y Clara Hayes tropezó y cayó al suelo...

Frank dejó escapar una sonora maldición. Los demás, preocupados únicamente por ganar un lugar seguro lo más rápidamente posible, no se apercibieron de lo sucedido, y siguieron corriendo. Frank llegó al lado de la muchacha.

-¡Vamos, levántese, pronto!

Miró hacia el claro, y vio que ya no había tiempo de huir. El anóquero se acercaba a ellos como una tromba. Debía detenerlo en su carrera o todo estaría perdido.

Ya no dudó. Se echó el rifle a la cara, y apuntó. El animal se echaba ya encima de ellos. Clara Hayes, que en aquellos momentos intentaba levantarse, al ver tan cerca al animal dejó escapar un grito. Y Frank disparó.

La bala alcanzó al anóquero en mitad de la cabeza. El animal detuvo en seco su carrera, como si hubiera chocado contra un muro invisible. De su boca salió algo parecido a un agudísimo y penetrante gemido cuando la bala estalló, destrozándole completamente el cerebro. Y sin una convulsión, sin un espasmo, como herido súbitamente por un fulmíneo rayo, cayó al suelo, quedando allí inmóvil, muerto.

Frank, dejando a un lado el rifle, ayudó a levantarse a la muchacha. Inquirió:

-¿Se encuentra bien?

Clara Hayes sonrió forzadamente. Estaba pálida, con una palidez casi marmórea. El susto había sido grande. Se llevó una mano a la cara, y aquel gesto le recordó a Frank el episodio de la araña. Murmuró:

-Sí, gracias. Sólo ha sido el susto.

Los demás fueron apareciendo lentamente al ver que el peligro había pasado. John Pops murmuró agriamente:

-Este disparo habrá alertado a nuestros perseguidores.

-De acuerdo, mister Pops, pero, en mi lugar, ¿qué hubiera hecho usted, pues, para detener al animal, salvo echar a correr?

Pops enrojeció. Murmuró, rencorosamente:

-No tiene derecho a hablar así. Al fin y al cabo, es usted el responsable de nuestras vidas.

-Muy bien. Entonces será mejor que empiece usted por callar y no poner objeciones a todo lo que se haga. Creo que será lo más expeditivo.

Pops enmudeció, corrido. Y Frank se desentendió de él, para ocuparse de otros asuntos.

Se acercaron al cadáver de la bestia, tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre espesa y negruzca que manaba de su cabeza. Burton le dio una patada.

-Es un verdadero mastodonte -murmuró-. Demasiado grande para mi gusto.

-Pero su carne es muy apreciada -intervino Mayerling, a quien Laura Benton atendía solícitamente-. Creo que ahora me comería con gusto un filete.

-Esto es lo más fácil del mundo -replicó Frank.

Y tomó su machete, avanzando hacia el animal. Woolner gritó:

-¡No lo haga!

-¿Por qué? -Frank cortó un trozo de carne del animal, después de quitar la piel y la capa de grasa que la cubría-. ¿Teme que esto dé un indicio de nuestra presencia a los que quizás nos sigan? No se preocupe. En este caso, tanto indicio representará para ellos todo este animal, muerto por una bala explosiva, que el mismo menos un trozo de carne. Además, así nos libraremos, al menos por una vez, del régimen de alimentos envasados que llevamos.

Tomó el trozo de carne que había cortado y lo envolvió en un par de hojas que Charlie fue a buscar a los árboles cercanos para que se mantuviera

fresca. Luego lo metió en una de las mochilas, para prepararlo debidamente cuando efectuaran el próximo alto.

Poco después reanudaban la marcha, dejando tras sí el despojo de la bestia muerta, que no tardó en ser rodeada de pequeños animales e insectos, ávidos de su carroña.

* * *

Al llegar la “noche”, Frank aprovechó el hallazgo de un pequeño claro de tocones para montar allí el campamento.

En pocos minutos estuvieron montadas las tiendas. Se repitió la misma distribución del día anterior, y poco después todos descansaban en ellas, excepto el que se encontraba de guardia.

Burton realizó sus tres horas reglamentarias, y después llamó a Frank. Éste se pertrechó, tomó su fusil, y salió al exterior.

El sol apretaba de firme en el cielo y sus rayos, libres de los impedimentos de los árboles, llegaban casi perpendicularmente al suelo, levantando una verdadera nube de vapor de agua y humedad. Los mosquitos y demás insectos alados abundaban allí a millones, y tan sólo protegía de ellos a los terrestres la crema especial repulsiva. Frank se embadurnó de nuevo con ella rostro y manos, y se sentó en un tocón, con el rifle entre las manos.

Fue transcurriendo el tiempo. A su alrededor, todo era tranquilidad, paz. Frank deseaba que no viniera nada a turbarla. Ni un hombre, ni un animal.

En aquel momento, una de las puertas de la tienda pequeña se abrió. Frank volvió la vista y vio a Clara Hayes que salía del interior, agitando enérgicamente su rubia melena.

-¿Sucede algo? -inquirió.

La muchacha negó con la cabeza, acercándose al lugar donde se encontraba él.

-Sólo que no podía dormir. No sé si será el calor o el ambiente, pero me es imposible conciliar el sueño. Estoy completamente desvelada.

Frank asintió.

-Es efecto del clima. En Venus suele suceder mucho, sobre todo en las proximidades de la selva. Y ahora nos encontramos dentro de ella.

La muchacha fue a sentarse en un tocón cercano al que ocupaba Frank, y cruzó las piernas.

-Parece que conoce usted muy bien Venus -murmuró-. ¿Hace mucho tiempo que está aquí?

-Aproximadamente unos cinco años y medio; desde que se fundó la “Venus Aerotransports”.

-¿Y siempre ha estado empleado en ella?

-Pues... en realidad, no estoy empleado en ella. Digamos que soy uno de sus socios. Aporté a la fundación de la empresa una cierta cantidad de dinero y mi trabajo... y voy cobrando los dividendos.

-Entonces debe de haber ganado una fortuna, ¿no? Según tengo entendido, la “Venus Aerotransports” ha ganado mucho desde que se convirtió en la única compañía autorizada por el gobierno.

-Sí, no puedo quejarme. En realidad, el capital nominal que tengo invertido ahora representa el mil doscientos por ciento del inicial. Sin haber añadido a él ningún céntimo.

-Entonces, ¿por qué sigue trabajando?

-No sé. Tal vez porque me gusta pilotar un helirreactor. Es un trabajo emocionante. O quizás sea porque, a pesar del tiempo que llevo aquí, todavía no le he terminado de sacar la miga a Venus.

La muchacha dejó escapar la risa.

-¿Y ahora? ¿Todavía no le ha sacado la miga a Venus después de esta *panne*?

Frank hizo un gesto ambiguo. Colocándose el fusil en bandolera, se levantó y se puso a pasear alrededor de las tiendas. La muchacha se colocó a su lado.

-¿Y usted? -inquirió Frank-. ¿Qué motivos le han impulsado a venir a Venus?

-Motivos personales. He venido a pasar una temporada con mi padre.

-¿Su padre vive aquí?

-Sí, en Colinas. Aunque hay muy poca gente que lo sepa. En realidad, no he querido decírselo ni a los periodistas ni a nadie. ¿Para qué?, me he dicho. Al fin y al cabo, ellos no sacarán nada de saberlo...

-Me parece muy bien. Pero ¿ha venido sola?

-Sí. Mi secretaria quería acompañarme, pero como que se trataba de un viaje de descanso y ella tiene familia en la Tierra, le dije que se quedara allá. Y yo me vine para aquí.

Siguieron andando. La muchacha levantó la vista hasta la copa de los árboles, como queriendo mirar más allá por encima de ellos, y murmuró:

-Es un gran hombre papá. A pesar de que yo gano lo suficiente como para que él no tenga que trabajar más, no ha querido abandonar el puesto que tiene aquí, en Venus -y volviéndose hacia Frank, exclamó-: Usted sin duda lo conocerá; ocupa un cargo oficial en Colinas. Es el coronel John Van Meers.

Frank se detuvo en seco.

-¿El jefe militar de Colinas?

-Exacto. Tal vez le parecerá raro ya que nuestros nombres no son iguales, pero en realidad Hayes no es mi verdadero apellido. Bueno, mi primer apellido. Era el apellido de mamá. Sólo que como Van Meers no pegaba como nombre artístico, al principiar mi carrera me lo cambié. Ya sabe lo que son estas cosas -y viendo que Frank mostraba una ligera sonrisa en el rostro, inquirió-: ¿De qué se ríe?

Frank adoptó de nuevo un aspecto serio.

-¡Oh, no, de nada! Sólo estaba pensando en lo pequeño que es el universo. Van Meers, es decir, su padre, es un gran amigo mío. A veces hemos jugado interminables partidas de ajedrez en la mesa de la galería de su casa. Y nunca he podido ganarle. Aunque he de declarar en mi favor que a veces le costaba cuatro o cinco horas vencerme.

-Sí -la muchacha también sonrió-. A mi padre siempre le ha entusiasmado el ajedrez. Es un gran jugador.

-Yo puedo afirmarlo más que nadie. Lo que me extraña es que nunca me dijera que su hija era la famosa Clara Hayes.

La muchacha rió.

-¡Oh, papá no es vanidoso! Estoy segura de que le da incluso vergüenza de que su hija sea cantante.

Siguieron andando. Frank se dijo que, en realidad, el mundo era un pañuelo, y el universo también.

Y recordó a Slan y el sobre, y su destinatario. Aquel viaje estaba bastante ligado al nombre de John Van Meers, aunque no lo pareciera.

La muchacha se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor que corría por su frente.

-Este calor es infernal -murmuró-. Quizás sea por lo único por lo que odio a Venus.

Frank asintió.

-Le apetecería un buen baño ahora, ¿verdad?

-Inmejorablemente. Lástima que sea imposible.

Frank rió para sí mismo.

-¿Y por qué? Yo de usted no vacilaría y me lo daría ahora mismo.

-Yo también, pero ¿dónde?

Frank extendió su dedo hacia una parte de la espesura.

-Allí. Cuando hemos establecido el campamento he ido a dar un vistazo por los alrededores para buscar algún sitio donde llenar las cantimploras-filtros, y a poca distancia de aquí he hallado una especie de riachuelo. El agua es muy limpia y fresca. ¿Por qué no va a bañarse allí?

A la muchacha se le iluminaron los ojos. Pero volvió a adoptar una expresión contrita.

-Es imposible. Mejor dicho, es peligroso. No creo que me sintiera segura bañándome allí.

-¿Y por qué no? Si lo desea la acompaño, y vigilaré en previsión de cualquier sorpresa mientras usted se baña. ¿De acuerdo?

-¿Y su guardia?

-No se preocupe por ella. Charlie es un buen amigo. Estoy seguro de que accederá a suplirme en ella un rato, máxime sabiendo que se trata de un caso de conciencia. Espéreme aquí y vigile un poco. Si ve algo anormal, llámeme. Voy a avisar a Charlie.

Se dirigió hacia la tienda que ocupaba Shorney, y poco después salía acompañado de éste. Le hizo un gesto a la muchacha.

-¿Lo ve? Todo solucionado. Ande, vaya a prepararse y buscar todo lo que necesite. Va a tener un baño “nocturno” al estilo de la antigüedad.

* * *

El riachuelo, como lo había llamado Frank, era una corriente de agua de unos cinco metros de ancho por tres de fondo en su parte central, que discurría tan sólo a unos cien metros del campamento.

En Venus existían pocos ríos, y éstos eran difusos, sin cauce ni caudal determinado, y de aguas turbias y fangosas. Tan sólo en lugares donde el suelo era muy rocoso podían formarse claros y perennes, abriendo su curso una brecha en la roca que con los años llegaba a convertirse en un profundo cauce permanente, con todas las características de un cañón en miniatura.

Frank se lo mostró a Clara Hayes.

-¿Qué le parece? No es un baño como los de la Tierra, pero sirve para el mismo fin. Incluso es un poco más romántico. Parece hecho ex profeso para usted. ¿Se anima?

-¿No hay peces peligrosos por aquí?

-En absoluto. No se encuentran nunca en aguas tan claras. La única especie que hay peligrosa por estas latitudes es el *marzón*, pero se encuentra más arriba, en los rápidos. Además, es un pez de pequeño tamaño, y lo único que puede hacer al hombre es ocasionarle una mordedura de ínfima importancia. Ande, prepárese.

Dio media vuelta, y la muchacha se quitó el vestido, apareciendo enfundada en un resistente traje de baño negro, de una pieza. Cuando Frank sintió el choque del cuerpo de la muchacha contra el agua, se volvió de nuevo.

-¿Está fría el agua?

-¡Al contrario! -gritó ella, braceando suavemente en mitad de la corriente para mantenerse a flote-. ¡El sol la ha recalentado mucho! ¡Pero está deliciosa!

Frank contempló los giros y evoluciones que hacía la muchacha en el agua, al mismo tiempo que vigilaba con el rabillo del ojo los alrededores, aunque estaba seguro de que no se produciría ninguna sorpresa. Los animales de mayor tamaño no acudían nunca a aguas tan claras.

-¿Usted no piensa bañarse? -preguntó Clara Hayes.

-¡No! -replicó Frank-. ¡Desde pequeño le tengo aversión al agua! ¡Y sobre todo después de haber visto los charcos y los pantanos de Venus!

La muchacha rió, y siguió nadando. Frank la contempló admirativamente. En verdad, se dijo, nunca hubiera creído que fuera tan bonita. Las fotografías que de ella había visto en grabaciones y revistas le habían dado la impresión de que se trataba de una muchacha normal, vulgar y corriente, ni bonita ni fea. Pero ahora...

La muchacha seguía nadando, y Frank se decía que era un encanto de criatura. Sus ojos la seguían en todos sus movimientos, admirativos.

Pero no duró mucho tiempo esta admiración.

¡Porque un disparo, proveniente del campamento, le sacó de su abstracción, haciéndole saber que algo anormal ocurría allí!

CAPÍTULO IX
CUATRO HOMBRES

El disparo trajo consigo la alarma para Frank y Clara. La muchacha se detuvo unos momentos en el agua. Luego, en dos brazadas, ganó la orilla, saltando a tierra firme.

-¿Qué ha sido esto? -inquirió.

-No lo sé -replicó Frank. Pero en realidad sí lo sabía. Lo sabía demasiado-. Vamos, vístase pronto.

-¿Ha sido Shorney que ha disparado contra algo? -volvió a inquirir la muchacha, mientras se enfundaba los recios pantalones sobre el traje de baño.

-No, Charlie no puede disparar un rifle que no tenga balas explosivas, y este disparo ha sido hecho con bala normal.

-Pero Burton tiene un rifle que sí puede hacerlo.

-Sí, lo sé. Pero esto no me consuela demasiado.

La muchacha acababa de abrocharse la chaqueta, y se encasquetó el sombrero. Frank, sacando su pistola de la funda, preguntó:

-¿Sabe manejar un arma de fuego?

Clara Hayes asintió.

-Entonces tome ésta. Pero no dispare si yo no se lo digo. Es preciso ir con tiento. Vamos, sígame.

Emprendieron el camino de regreso, guiándose por las señales que habían hecho en los árboles al ir hacia el río. Cuando llegaron a las inmediaciones del claro que les servía de campamento, Frank atenuó la marcha, indicando cuidado a la muchacha. Se apartó un poco de la ruta seguida antes, a fin de desembocar por un lugar diferente en el claro. Cuando llegó a su lindero, se detuvo.

-Tiéndase en el suelo boca abajo -susurró a la muchacha-. Y procure no hacer el menor ruido.

Ella obedeció, y Frank la imitó, avanzando sobre los codos los pocos metros que les faltaban. La muchacha, bien o mal, le siguió, procurando hacer el mínimo de ruido.

Cuando llegó al lugar donde los árboles desembocaban en el claro, Frank se detuvo. Con precaución apartó ligeramente unas hojas bajas, y observó.

En el campamento todos estaban de pie. De pie, y con las manos en

alto. Frank vio inmediatamente la causa. Cuatro hombres, portando sendos rifles en sus manos, apuntaban a los demás. Frank respiró aliviado al ver que Charlie estaba con los demás, sin dar ninguna muestra de estar malherido.

-¿Qué puede haber pasado? -la voz de la muchacha, a su lado, le sobresaltó. Casi se había olvidado de ella.

-Indudablemente les sorprendieron -respondió quedamente-. El disparo que oímos debió ser de advertencia y conminación. No les quedó más remedio que capitular.

-¿Son los del avión derribado?

-No lo sé. Pero me temo mucho que sí.

Los cuatro hombres vestían, al igual que ellos, sendos trajes grises, y al cinto portaban una regular pistola de reglamento. No llevaban mochilas de ninguna clase, por lo que Frank supuso que habían tenido que abandonar el avión precipitadamente.

En aquellos momentos uno de los cuatro, un tipo alto, robusto, un poco grueso, que llevaba el sombrero echado hacia atrás sobre la nuca, estaba hablando. Frank pudo oír claramente sus palabras cuando le dijo a uno de sus compañeros:

-Requisa todas las armas que les encuentres. ¡Ah, y también los alimentos! No creo que a estos señores vayan a hacerles más falta.

Frank crispó los puños. Se sentía impotente para hacer nada. Aun con la ayuda de la pistola de Clara Hayes, no podía contra cuatro hombres a la vez. Además, su rifle era sólo de balas explosivas, y se exponía a hacer una matanza entre los propios pasajeros al estar todos tan cerca entre sí. Debía esperar una ocasión propicia para actuar... si se presentaba.

Uno de los cuatro hombres se fue metiendo en las tiendas, de las que fue sacando rifles y mochilas, con lo que formó un montón a un lado. Luego despojó a los pasajeros de sus machetes y pistolas. Cuando terminó, volvió al grupo.

-Todo está listo, jefe. No queda ni un mal palillo de dientes.

-Bien, me alegro. Ahora será cuestión de ocuparnos de estos caballeros. Supongo que estarán cansados de tanto permanecer con las manos en alto. Vamos a librarles de ello. Tú tienes práctica, Boht; átalos.

El llamado Boht asintió, entregando su rifle a un compañero y avanzando hacia los pasajeros del helirreactor. De uno de sus bolsillos sacó un

rollo de plastohilo trenzado, y empezó a deshacerlo.

-Vayan colocando las manos a la espalda, juntas, a medida que pase Boht. Y cuidado con hacer juegos de manos. No me gustaría tener que meterles un tiro en la barriga, pero si me cansan no me quedará más remedio que hacerlo. ¿Lo han entendido?

El llamado Boht fue pasando a espaldas de los pasajeros, atándoles las manos a la espalda. Al mismo tiempo, sin cortar en ningún momento el plastohilo, iba formando una cadena que unía entre sí a todos los que iba atando, impidiéndoles escapar o distanciarse entre sí. El plastohilo no era tan recio como el alambre, pero estaba dotado con ventaja de sus mismas cualidades de resistencia y seguridad. No podrían romperlo si no era con auxilio de un machete bien afilado.

Al llegar Boht a uno de los pasajeros, que Frank no veía por impedírselo los anteriores, el jefe de los cuatro hombres advirtió:

-No, a ése no. Este es particularidad mía. Déjamelo fuera de la ristra.

Frank supuso que se trataba de Slan. Pero su sorpresa fue grande al ver que Slan se encontraba a otro lado de la columna, ya debidamente atado. Intentó adivinar quién era el otro, procediendo por eliminación. Y al final llegó a saberlo.

¡Era John Pops!

En sí, la cosa no le sorprendió lo que hubiera sido de esperar. Desde el episodio del avión había concebido la sospecha de que John Pops tenía algo que ver con el asunto. Aunque no podía todavía llegar a ver cuál era su relación.

Pronto lo pudo saber, sin embargo. El otro hombre ordenó a Pops que avanzara unos pasos, y entonces Frank lo pudo ver claramente. El fabricante de salchichas (Frank empezaba a dudar de que lo fuera), estaba pálido, tembloroso. Sin duda temía algo. El otro se acercó a él.

-Bien, mi querido amigo Retty -Frank no se sorprendió demasiado de que lo llamara por otro nombre-. Creo que debes tener por ahí un maletín negro muy interesante. Bueno, que nos interesa mucho a nosotros. Nos harías un gran favor y te harías un favor a ti mismo si nos dijeras dónde lo tienes.

Pops -o Retty- calló. Frank recordaba haberlo visto en otra ocasión anterior meter el maletín en el interior de su saco de dormir, en la parte inferior del compartimento hinchable de la prenda. Era un lugar donde era

imposible encontrarlo a primera vista. Indudablemente ahora debía de encontrarse en el mismo sitio. El hombre esperó unos minutos. Luego, al ver que Pops no decía nada, se decidió a actuar.

Repentinamente levantó la rodilla derecha, dándole a Pops un fuerte golpe con ella en la ingle. El hombre se inclinó hacia adelante con un gruñido. El otro lo agarró por el cuello de la chaqueta, enderezándolo de nuevo.

-¿Y bien? No me gustaría tener que perder el tiempo. Ya he perdido demasiado.

-¿No piensa hacer nada? -inquirió Clara Hayes al oído de Frank.

-¿Y qué quiere que haga? -replicó éste-. No puedo arriesgarme a que le suceda algo a alguno de los pasajeros debido a mi intervención, ¿no lo comprende? He de esperar que se me presente alguna ocasión propicia.

La muchacha calló. En la explanada, John Pops, que se mantenía en pie gracias a la mano que le sostenía, murmuró:

-No... no lo tengo aquí. Lo dejé en el helirreactor cuando cayó. Creí... creí que allí estaría más seguro.

-¡Mentira! -el hombre reaccionó con un nuevo golpe en la ingle. Pops dejó escapar un entrecortado gemido y, cuando el otro lo soltó, cayó al suelo, encogido, presa de convulsiones.

El hombre se desentendió momentáneamente de él, encarándose con los restantes pasajeros.

-Bien, señores. Creo que, lamentándolo mucho, tendré que preguntárselo a ustedes. Ya han visto que mister Retty (ustedes quizás lo conozcan por algún otro nombre) no quiere ser tan gentil de hablar. ¿Serán tan amables de hacerlo ustedes por él?

Siguió un silencio. Todos sabían que Pops llevaba consigo el maletín, y muchos habían visto colocárselo en el interior de su saco. Pero nadie dijo nada. La actitud del hombre y el hecho de haberlos atado como a prisioneros hizo que nadie tuviera el menor deseo de ayudarle hablando. Todos callaron.

-Bien -volvió a decir el hombre-. Creo que tendré que usar la persuasión -paseó su vista por los diez pasajeros, y la detuvo en Burton y su esposa. Sonrió-. Me parece recordarles a ustedes de algo -murmuró-. He visto su rostro en alguna parte, en un periódico me parece. Usted es Roger Burton, ¿verdad? Y ésta debe ser su encantadora esposa. Reconozco que ha sabido elegir, señor Burton. Tiene usted una mujer muy linda. Y con un rostro muy

hermoso.

Tomó de su cinturón el machete, y jugó distraídamente con él. Avanzó unos pasos.

-¿Serán tan amables de facilitarme la información que les pido, por favor?

Dio un par de pasos más hacia Burton y su mujer, y se inclinó ligeramente hacia ella.

-¿Ustedes tampoco, señores Burton?...

Levantó al descuido el machete, y se quedó contemplando su hoja, que hizo girar lentamente ante sus ojos. Rosa Burton retrocedió instintivamente unos pasos, todo lo que le permitió la longitud del plastohilo. Roger Burton exclamó:

-¿Qué va a hacer?

-Nada. Ya le he dicho que tiene una esposa muy linda. Y con un rostro muy hermoso.

Y acortó otra vez la distancia que lo separaba de ella. Rosa Burton dejó escapar un grito.

-¡Espere! -gritó Burton nerviosamente. Y luego, ya más calmado-: No veo por qué no hemos de decírselo. Al fin y al cabo, esto no va ni viene con nosotros.

El otro retrocedió unos pasos, devolviendo sonriente el machete a su vaina.

-Veo que es usted razonable, amigo. E inteligente. Muy bien: adelante.

* * *

El llamado Boht salió de la tienda con el maletín en la mano, y lo tendió al otro. Éste lo tomó y abrió, observando atentamente su interior. Pops, en el suelo, dejó escapar un gemido. El hombre, satisfecho de su examen, cerró de nuevo el maletín y se volvió hacia Boht.

-Átalo con los demás -le dijo, refiriéndose a Pops-. Ya tenemos lo que nos interesaba.

Al acercársele el otro, Pops intentó rebelarse, forcejear. Se lanzó contra Boht con ánimo belicoso. Pero su intento fue inútil. El otro, tranquilamente, le golpeó la cabeza con la culata del rifle, y lo arrastró como un fardo hacia donde estaban los demás, atándolo en la misma línea. Después,

el jefe le hizo una seña de que desmontara las tiendas. Cuando hubo concluido su tarea, el hombre se volvió hacia los pasajeros.

-Bien, señores. Lamento mucho que nuestro encuentro haya tenido que ser tan brusco y tan... desagradable. Lamento también que no haya podido portarme con toda la corrección que merecen, pero hay un dicho que dice que las circunstancias obligan. Así, no me queda más remedio que desearles buena suerte. Supongo que no nos volveremos a ver, y no hay ninguna ironía si les digo francamente que me alegraré de ello. Buena suerte, repito.

-¡Eh, espere un momento! -era Woolner quien había hablado-. Supongo que no pensará dejarnos aquí, así atados.

-¿Y por qué voy a hacer lo contrario? -el rostro del hombre reveló sorpresa-. No creo que fuera prudente, al menos para mí. No, no soy tonto. Lo lamento mucho, pero es lo único que puedo hacer.

-¿Piensa matarnos ahora? -inquirió Charlie lentamente.

El hombre rió con suavidad.

-¡Oh, no, eso no! Me repugnaría el contemplar ante mí once cadáveres. Demasiada sangre junta. Prefiero, simplemente, dejarlos aquí, así, tal cual están ahora.

-¡Pero eso es lo mismo que matarnos!

-Bueno, si quieren llamarlo así, háganlo. En realidad, no lo es exactamente. Piensen que los antiguos terrestres, los hombres prehistóricos, se desenvolvían en unos medios semejantes a éstos. Y no obstante, sobrevivían.

-¡Pero no tenían las manos atadas a la espalda ni estaban unidos entre sí por una cuerda!

-Sí, es cierto. Es una desventaja. Pero comprenderán que no voy a darles demasiadas facilidades, después de todo. La vida es la vida, ya lo saben. En fin, señores. Yo soy el primero en lamentarlo, pero... -volvió a sonreír suavemente-. Adiós, señores. Buena suerte.

Hizo una seña a los otros tres hombres, y éstos cargaron con dos mochilas cada uno, abandonando una de víveres. El hombre murmuró:

-Como ven, incluso les dejo alimentos para que puedan ir reponiendo fuerzas de tanto en tanto. En el fondo, tengo buen corazón, ¿no les parece?

La única respuesta fue una sucesión continuada de protestas, injurias y proposiciones de los pasajeros. Burton le ofreció dinero, mucho dinero. Woolner amenazó ferozmente. Los otros también dejaron escapar la ira y la

impotencia que los dominaba. Charlie, que estaba el primero de la hilera, intentó agredir a los cuatro hombres, pero el estar unido a los demás se lo impidió. El llamado Boht se le acercó y le dio un golpe en el estómago, seguido de un culatazo en la cabeza que lo derribó al suelo. Frank, desde su escondite, crispó los dedos sobre el fusil. Pero no hizo nada. Los cuatro hombres se echaron a reír ante el espectáculo, y luego se dirigieron hacia un lado de la explanada, adentrándose en el bosque.

Clara Hayes, al lado de Frank, le dio un golpe en el brazo.

-¿No piensa intervenir todavía?

-No -susurró éste-. Todavía no. Dejémoslos alejarse un trecho. Será mejor y más seguro. Luego nos resarciremos.

Los cuatro hombres desaparecieron en la espesura, seguidos de los insultos e imprecaciones de los pasajeros. Éstas fueron menguando lentamente a medida que pasaban los segundos, hasta que al final cesaron por completo. Rosa Burton se puso a sollozar levemente. Woolner empezó a maldecir ferozmente a John Pops, y Mayerling intentó inútilmente decir algo. Frank le hizo un signo a Clara Hayes.

-Vamos -le dijo-. Creo que ya podemos salir de nuestro escondite.

Salieron al claro y Charlie, que se estaba reponiendo ya del golpe, se puso rápidamente en pie.

-¡Gracias a Dios! -exclamó-. Creí que os había ocurrido algo. ¿Por qué no interviniste antes?

-Hubiera sido demasiado arriesgado -explicó Frank-. ¿Cómo te encuentras?

Charlie sacudió la cabeza.

-Mejor. El golpe me ha atontado un poco, pero tengo la cabeza dura. Vamos, desátame.

Los otros, al ver a Frank y a Clara Hayes, habían empezado a hablar atropelladamente, intentando todos decir algo al mismo tiempo. Algunos, en la agitación de los últimos momentos, ni siquiera se habían apercibido de la falta de la pareja en la línea. Frank demandó silencio, indicando que era preciso obrar con rapidez. Sin embargo, Woolner no pudo por menos que dejar escapar una queja:

-¿Por qué no intervino a tiempo?

-Porque no hubiera sido prudente, ya lo he dicho. Hubiera entrañado

demasiado peligro para todos ustedes.

-¡Pero ahora nos hemos quedado completamente indefensos!

-Todavía tenemos un rifle y una pistola, y podemos asimismo recuperar todo lo que hemos perdido muy fácilmente. Esos cuatro hombres también han de seguir la selva para llegar a Colinas, y han de hacer algún alto para descansar y dormir. Entonces será sencillo cogerles por sorpresa, como han hecho ellos con nosotros.

Se desentendió de Woolner y, haciendo un gesto a Clara Hayes para que le ayudara, se dispuso a cortar las ligaduras de Charlie para desatarlo. Pero apenas lo había empezado a hacer, cuando una voz, surgiendo frente a él en la espesura, ordenó:

-¡Que no se mueva nadie de ustedes! ¡Les estamos apuntando, y al menor movimiento no vacilaremos en disparar!

CAPÍTULO X
EL ÚLTIMO COMBATE

Frank se levantó, sorprendido, mirando hacia el lindero del bosque desde donde habían salido las voces. Allí había cuatro hombres armados, los mismos que habían abandonado el claro poco antes. En sus manos, sus rifles apuntaban rectamente hacia allí.

El jefe de los cuatro hombres se acercó nuevamente a ellos, sin dejar de apuntar su rifle hacia Frank. Frank reconoció aquel rifle: era el de Roger Burton. En los labios del hombre florecía una sonrisa irónica.

-Lamento haberle decepcionado, amigo. ¿De veras me creía tan tonto? Desde el principio supe que faltaban dos de los pasajeros del helirreactor, pero no dije nada en la posibilidad de que se encontraran espiándonos por los alrededores. Ya ve que acerté. Es una lástima que usted no fuera más listo también. Ande, suelte las armas y levante las manos.

A Frank no le quedó más remedio que obedecer. Dejó caer el machete y el rifle, y levantó las manos, maldiciéndose interiormente por no haber pensado antes en aquello. Era realmente raro que el hombre no hubiera preguntado por los dos que faltaban en la expedición, y debía de haber sospechado de ello. Pero ahora estaba ya todo hecho, y no le quedaba más remedio que reconocer su error. Encajó los dientes, y aguantó como pudo la mirada burlona del otro.

A sus espaldas, Clara Hayes, bajo la amenaza de los rifles, dejó caer también su pistola y su machete. El hombre que los amenazaba abrió la boca para decir algo. Y en aquel mismo momento, algo llamó la atención de todos los que se encontraban allí.

Fue un ruido característico de aquellos lugares. Un ligero retemblor del terreno, seguido del ruido de enormes pisadas. ¡Un animal de gran tamaño se acercaba al claro!

El hombre lo comprendió inmediatamente. Miró nerviosamente hacia el lugar de donde provenía el ruido, y ordenó:

-Tú, Boht, vigila a éstos. Vosotros dos, venid conmigo.

Movió la palanca que adaptaba su rifle a balas explosivas y, seguido por los otros dos hombres, avanzó unos pasos y se detuvo, aguardando. Y no tardó mucho en aparecer el animal.

Todos lo reconocieron en seguida. Era un anóquero de mediano

tamaño, no tan grande como el que los había atacado a ellos antes, pero sí lo suficiente como para laminar a una persona con el solo peso de sus patas. Andaba lentamente al entrar al claro, y se detuvo pesadamente al ver a los intrusos de éste. Por unos momentos quedó como estupefacto, como si se preguntara quiénes eran aquellas raras criaturitas. Y el jefe de los cuatro hombres aprovechó aquella pausa para levantar el rifle y apuntar cuidadosamente a la cabeza del animal.

Y Frank también aprovechó aquella pausa.

Había comprendido que tenía que jugar a la desesperada. Su primitivo plan había ido estrepitosamente al agua y, pasados todos los momentos de ventaja, no le quedaba más remedio que arriesgarse. Contaba tan sólo con fracciones de segundo. En un determinado momento, Boht, el que los vigilaba, volvió maquinalmente la vista hacia el animal que acababa de aparecer, para ver lo que sucedía. Fueron tan sólo unos brevísimos instantes, pero Frank los aprovechó.

Se lanzó contra el otro. Antes de que se diera cuenta de ello, el Boht ya lo tenía encima. Quiso defenderse, gritar, avisar a los otros, pero no pudo. Un puño cerrado, lanzado con toda su fuerza, le machacó la boca, ahogando en ciernes su grito y rompiéndole de paso un par de dientes. Otro se estrelló contra su nariz con seco crujido, y un tercero, más pesado y mejor dirigido que los otros, contra su cabeza. Boht sintió que el mundo giraba a su alrededor, infinidad de estrellitas aparecieron en su firmamento, y con un suspiro de beatitud perdió fulminantemente el conocimiento.

Frank volvió a ponerse en pie. En aquel momento sonaba un disparo procedente del lugar donde se hallaban los otros tres hombres, y el animal, que embestía ya, se detuvo en seco con la cabeza destrozada. Frank se lanzó hacia donde estaban las armas que él se había visto obligado a abandonar, y tomó rápidamente su rifle. Debía actuar rápidamente.

Los otros tres hombres, que todavía no se habían apercibido de nada de lo ocurrido, se acercaban a la caída bestia para comprobar su muerte. Frank alzó el rifle. Le repugnaba tener que hacer aquello, pero no le quedaba más remedio. Los otros eran tres rifles contra uno, y si permitía que se dieran cuenta de la situación, estaría en franca inferioridad de condiciones.

Por eso, apuntó al suelo, debajo mismo de los pies de los tres hombres. Sabía que la explosión del disparo bastaría para atontar si no herir o

hasta matar a los otros. Puso el dedo sobre el gatillo...

Pero no tuvo tiempo de disparar. Porque en aquel mismo momento ocurrió algo imprevisto. Algo que, inconscientemente, vino en su ayuda.

Un nuevo anóquero apareció en el claro, por el mismo lugar en que había aparecido el anterior.

Los tres hombres se hallaban ya junto al animal muerto, y el otro les salió prácticamente a su lado. Tal vez fuera la hembra del otro, o su compañero, o su padre o madre. Se detuvo unos momentos, y los tres hombres, al verle, se quedaron paralizados. Durante unos segundos la escena quedó totalmente inmovilizada, como una cinta fílmica que se hubiera detenido de repente. Y luego, la bestia embistió.

Los tres hombres no se hallaban en situación de hacerle frente. Dos de ellos se habían colocado ya el fusil en bandolera, y el tercero lo llevaba cogido descuidadamente por la parte del cerrojo. Lo único que les quedaba era intentar huir. Y huyeron.

Huyeron en dirección hacia donde se encontraban Frank y los pasajeros. Y la bestia detrás de ellos.

Pronto los alcanzó. El primero fue el jefe. Ni siquiera se dio cuenta de que era arrollado por la bestia. Después fue el otro de los dos hombres, que recibió un golpe del hocico del anóquero que lo envió desarticulado a más de veinte metros de distancia por los aires. Frank, que inicialmente apuntaba a los tres hombres, desvió la puntería, apuntando rectamente a la cabeza del animal.

El disparo lo alcanzó cuando estaba a punto de alcanzar al tercer hombre, que huía a toda la velocidad que le permitían sus piernas dando chillidos de terror. El anóquero se detuvo en seco, dejó escapar uno de sus aullidos tristes, y cayó fulminado al suelo, quedando totalmente inmóvil.

El hombre cesó de correr. Jadeante, con los ojos desorbitados, miró hacia atrás, como si no acabara de creer que todo había pasado. Luego miró a Frank y al rifle.

-Suelte todas las armas que lleve -ordenó Frank-. Y levante las manos.

El hombre obedeció instantáneamente, casi contento de poder hacerlo. Frank le hizo un gesto.

-Vaya a ver a sus compañeros.

El hombre hizo lo ordenado. Cuando terminó, negó con la cabeza.

Estaban ambos muertos.

-Bien, acérquese hacia aquí -y se volvió hacia Clara Hayes para indicarle que procediera a desatar a los todavía atados pasajeros.

Pero no pudo hacerlo. Una advertencia de Charlie le llegó en aquel momento, advirtiéndole del peligro:

-¡Cuidado, Frank! ¡Á tu espalda!

Se volvió en redondo y pudo ver a Boht que, con su fusil en la mano, le apuntaba, dispuesto a disparar. Había recobrado el conocimiento, y estaba dispuesto a hacerse de nuevo el amo de la situación.

Durante una fracción de segundo los dos hombres se miraron, con los dedos sobre el gatillo. Y luego, casi simultáneamente, dispararon.

Pero Frank lo hizo una centésima de segundo antes que el otro. Y su bala entraba en contacto con el cuerpo de Boht en el preciso momento en que éste pulsaba el disparador de su arma. La bala salió desviada al recibir el hombre el impacto, y se dirigió rectamente hacia el lugar donde se encontraban los pasajeros. Se oyó un chillido de mujer, y luego un grito de hombre, que se confundieron casi con el ruido que hizo la bala del rifle de Frank al explotar en el cuerpo de Boht, abriendo una profunda y ancha herida por la que escapó a borbotones la sangre del hombre...

* * *

Frank se inclinó sobre Bran Mayerling, que se encontraba tendido en el suelo, sobre unas improvisadas parihuelas.

-¿Se encuentra mejor?

El hombre asintió levemente la cabeza. En sí, la herida que había recibido no era de consideración, y después de la cura que le habían hecho entre Clara Hayes y Laura Benton no había el menor peligro. Por fortuna, el rifle que tenía Boht no era de balas explosivas, y el proyectil, entrando limpiamente por la pierna del viejo millonario, había salido por el otro lado sin interesar ningún hueso ni tendón importante, dejando tras de sí un perfecto agujero que la atravesaba de parte a parte. La herida, por tanto, no era importante, pero por su misma naturaleza impedía a Mayerling caminar. Por lo que Frank había dispuesto aquellas improvisadas parihuelas, a fin de que entre dos pudieran llevar al hombre hasta Colinas con la expedición.

En las inmediaciones del claro, en el sitio por donde habían simulado irse los cuatro hombres la primera vez, encontraron amontonadas en el suelo

las mochilas y la caja maletín de Pops. Al verla, éste se lanzó hacia ella, dispuesto a recuperarla, pero Frank impidió que la cogiera.

-Lo siento, mister Pops, Retty, o como se llame -le dijo-. Esta caja permanecerá en mi poder hasta que lleguemos a Colinas, donde será entregada a las autoridades competentes. Y usted tendrá que responder sobre ella y sobre lo ocurrido a raíz de ella.

Pops abrió mucho los ojos.

-¡Pero ustedes no pueden hacer esto! ¡Es una propiedad privada!

-Cierto, una propiedad privada que pudo llevarnos a todos a la muerte. No sé lo que contiene ni por razón de qué les interesaba a estos cuatro hombres, pero estimo suficiente lo que ha ocurrido para proceder a su incautación. Lo siento, mister Pops, pero será mejor que se someta o me veré obligado a atarle igual que a aquél -y señaló al único superviviente de los cuatro hombres que los atacaran- y llevarlo a Colinas como prisionero. De modo que escoja.

Pops farfulló unas cuantas palabras gruesas, y se alejó un poco. Burton se acercó a Frank, inquiriendo:

-¿Qué contiene la caja?

-No lo sé, señor Burton, ni pienso saberlo hasta que lleguemos a Colinas y la entreguemos a las autoridades. Averiguarlo es cosa que corresponde únicamente a ellas.

Y ató la caja con el mismo plastohilo con que habían sido atados los pasajeros, sellando el nudo con un trozo de papel en el que escribió unas cuantas palabras y estampó después su firma. Hecho esto, metió la caja en una de las mochilas vacías, y se la puso al hombro.

-Bien, señores -dijo-. Creo que podemos seguir. Todavía nos falta un buen trecho para llegar a nuestro destino.

Recorrió por última vez con la vista el claro, deteniéndola en la montaña de carne de los dos anóqueros muertos. Los tres hombres habían sido enterrados, y sus tumbas, rematadas por sendas toscas cruces, se alzaban en uno de los lados, casi junto a los primeros árboles. Charlie había marcado en el mapa la situación aproximada del claro para añadirla al informe que deberían de rendir una vez llegaran a Colinas. Ya nada les quedaba, por tanto, que hacer allí. Skoog y Holten, que habían sido designados por suerte para el primer turno de carga, tomaron las parihuelas donde iba Mayerling, y las

alzaron. El prisionero fue colocado en mitad de la columna, ante el fusil de Slan, con las manos desatadas a fin de que pudiera desenvolverse mejor por la selva, y Pops, disimuladamente, fue colocado ante el fusil de Charlie. Con todo, eran medidas un poco inútiles; nadie sería tan loco como para intentar una huida, solo y sin armas, por en medio de la selva pantanosa de Venus.

Y así, todo estuvo listo. Frank comprobó por última vez que todo estuviera en orden, fue a dar la orden de marcha...

Y entonces sucedió.

Nadie lo esperaba, y mucho menos que nadie Frank. Se disponían ya a avanzar, cuando percibieron el ruido. No venía de tierra, de la selva, sino del aire.

Y Frank y Charlie, que eran los que estaban más acostumbrados a oír esta clase de ruidos, lo identificaron inmediatamente. ¡Cielos, era un helirreactor!

Pasados los primeros momentos de estupor, Frank actuó rápidamente. Se lanzó a toda velocidad hacia la mochila que llevaba las bengalas, que en aquellos momentos cargaba Funicello. La abrió, sacando una de humo (la única que les quedaba) y otra de luz. Woolner le indicó:

-¿Y si se trata de otro aparato como el que nos atacó en el lago?

-Es imposible. Conozco bien el zumbido del motor de un helirreactor de la Venus Aerotransports. Y no puede confundirse con ningún otro.

No se entretuvo. El tiempo de que disponían era muy justo si querían que el aparato percibiera las señales. Tomó en primer lugar la bengala de luz, y luego la de humo, disparándolas en rápida sucesión hacia el cielo. Al estallar en la altura, la bengala de luz iluminó como un súbito relámpago el cielo, mientras la de humo dejaba un trazo negro en el aire, indicando con su estela el lugar de donde había partido. Y en el claro, los catorce hombres aguardaron, ansiosos.

Transcurrieron unos segundos de incertidumbre. El zumbido del aparato pareció que se alejaba, para después volver a acercarse. Los corazones cesaron de latir en sus pechos. Y la silueta de un helirreactor de transporte se perfiló en el cielo de la parte despejada del claro...

Sonó un unánime "¡Hurra!", que repercutió en toda la selva. El aparato llevaba pintado en los costados el emblema de la "Venus Aerotransports Co.": Una esfera venusina con un círculo dorado que la

rodeaba por encima de su superficie. Lentamente fue descendiendo, y los expedicionarios se apartaron del campo de acción de las hélices. Finalmente, el aparato se posó en el suelo. Una de las puertecillas se abrió, y por ella apareció un hombre.

Frank lo reconoció en seguida. Era uno de los pilotos compañeros suyos, Matías Branchi, que hasta ahora había efectuado el servicio Colinas-Sara Beach. Indudablemente ahora le sustituía. Se abrazaron efusivamente, y Branchi interrogó a Frank por lo sucedido.

-Es demasiado largo de contar -replicó éste-. ¿Y tú? ¿Por qué volabas tan bajo? Si hubieses volado a la altura normal no te hubiéramos oído en lo más mínimo.

-Sí, ya lo sé. Fue un capricho de uno de los pasajeros. Quería ver el ambiente de la selva desde más cerca. Ya puedes imaginártelo. Y como que es un tipo de estos que la empresa llama "importantes"...

-Sí, ya sé lo que es esto -y Frank hizo un gesto expresivo con la mano. A él le había tocado una buena colección de "importantes". Woolner, Burton, Slan, Pops...

-Cuando estalló la bengala de luz -prosiguió Branchi- uno de los pasajeros dijo que relampagueaba. Pero yo sabía bien lo que era, y cuando vi también la estela de humo supuse en seguida que eras tú. Y aquí me tienes.

Frank siguió inquiriendo por las maniobras de rescate, y el otro le informó que todavía no habían concluido. Los demás pasajeros, que se habían agolpado a su alrededor, le hicieron numerosas preguntas sobre el particular, y Branchi se explicó mejor. Durante los tres días transcurridos habían sido buscados sin cesar los restos del aparato, sin lograr hallarlos. Naturalmente, habían tenido que volar a gran altura para abarcar mayor extensión de terreno, pero no habían logrado descubrir nada. Los dos o tres aparatos que habían realizado durante el mismo tiempo la operación de rastreo, volando a poca altura, tampoco habían logrado descubrir nada, y ya empezaban a darlos por perdidos.

-¡Imagínate la sensación que voy a causar cuando llegue a Base Tierra! -exclamó-. ¡Menuda noticia! ¡Traer a todos los pasajeros sanos y salvos!

Y entonces su vista se fijó en los cuerpos de los dos anóqueros. Fue a decir algo, pero entonces se fijó también en las tres tumbas. Miró a los

pasajeros, y vio que había uno de más. Sus ojos se dirigieron interrogadores a Frank, y su boca fue a formular una pregunta...

-Ya te he dicho que es algo un poco largo de explicar -le cortó Frank, sin darle tiempo a decir nada-. Ya te lo contaré luego. Ahora será mejor que vayamos al aparato. No sé por qué, pero me parece que estos señores están ya hartos de los pantanos de Venus, y prefieren hacer el resto del viaje bajo el confort de un helirreactor. Aunque éste los devuelva a su punto de origen.

El aparato que llevaba Branchi solamente tenía cubiertas siete de sus plazas, por lo que todos pudieron acomodarse bien. Frank informó que regresaban a Base Tierra, lugar de destino del aparato, y que desde allí la compañía fletaría un nuevo helirreactor que los llevaría (tan sólo a los que lo desearan, naturalmente) de nuevo a Colinas. Todos los pasajeros estuvieron de acuerdo en ello, y el aparato se remontó de nuevo en el cielo, sobrevolando los parajes que antes habían recorrido por tierra los expedicionarios. Todos ellos, instintivamente, miraron hacia abajo, y cuando cruzaron el lago alguien señaló el lugar donde habían acampado en su orilla, el lugar donde habían tropezado con el lobar... Los pasajeros que viajaban ya en el helirreactor, con aquella curiosidad innata que tiene la gente en general, demandaban detalles, y los demás, ya pasado el peligro, se los daban, orgullosos de haber corrido aquella excepcional aventura.

El único que no estaba demasiado orgulloso de ella era Frank. Sentado en su asiento, mirando con ojos distraídos la selva que tenía a sus pies, pensaba en que todavía le quedaba algo por hacer. Y que éste algo sería lo más desagradable de todo aquel asunto. Debía comunicar a la superioridad militar de Venus las razones y causas de lo acaecido, así como poner en antecedentes de todo a John Van Meers... Al fin y al cabo, la compañía explotadora de plutonio se había dejado ver claramente en ello, y el asunto rozaba aparentemente la misión que había traído a Robert Slan a Venus. Sí, debería hablar con Van Meers sobre ello. Y de paso, tendría ocasión de acompañar a Clara Hayes personalmente a casa de su padre. Lo cual, a pesar de todo lo demás, no era ni con mucho desagradable.

CAPÍTULO XI
ACLARACIÓN

John Van Meers le entregó una hoja a Slan.

-Todo ha sido resuelto satisfactoriamente -murmuró-. El asunto ha podido arreglarse antes de que adoptara un cariz demasiado serio, y a estas horas en la Tierra sabrán ya la resolución adoptada.

Se encontraban reunidos en el despacho de Van Meers éste, Slan y Frank. Habían ya transcurrido algunos días desde que fueran recogidos por el aparato de Branchi, y pasados los primeros momentos de expectación ya todo se había calmado. Excepto Burton y esposa, Bran Mayerling, Laura Benton y John Pops, que había pasado a disposición de la policía de Base Tierra, todos los demás pasajeros habían regresado a Colinas. Clara Hayes se había reunido con su padre y éste se había hecho cargo de las instrucciones de que era portador Slan. Después de una actuación intensiva por parte de la policía y la milicia de Colinas, se había podido atajar el asunto del contrabando de plutonio, y ahora todo había vuelto a su cauce.

-¿Se pudo resolver también lo referente a John Pops? -inquirió Frank.

-Sí, completamente. Estaba ligado al asunto de las minas de plutonio, es cierto, pero formaba un caso aparte.

-¿Qué contenía el maletín?

Van Meers miró a Slan.

-¿El maletín? ¡Oh, nada! Simplemente, no contenía nada. El asunto se encontraba en el maletín mismo, la pieza en sí -y al ver el gesto de incomprensión de los dos hombres, aclaró-: Verán; en realidad, lo que la Tierra sabía sobre el caso del plutonio no era lo único que sucedía aquí. Nadie lo sabía, pues nadie lo había descubierto, pero ilegalmente hacía ya tiempo que eran robadas cantidades de este elemento de las minas. Se extraía en reducidas cantidades, es cierto, pero teniendo en cuenta que se trataba de materiales purísimos y su elevado precio, el tráfico ilegal era bastante importante.

-Entonces, ¿el plutonio se transportaba en aquel maletín?

-Exacto. En realidad, no era un maletín, sino solamente una caja habilitada para poder llevar el plutonio sin recibir su portador ninguna de las radiaciones letales del elemento.

-Pero no veo el motivo...

-Es muy sencillo. El plutonio era extraído de las purificadoras en estado purísimo. Allí se efectuaba la sustracción. Una pequeñísima parte de plutonio cada vez era trasvasada a otro recipiente especial, donde se iba acumulando, en espera de que llegara Pops con su maletín. Éste realizaba un viaje a Colinas cada dos meses, aproximadamente, para recoger el plutonio y llevarlo a Base Tierra, desde donde lo expedía a la Luna. La inexistencia de aduanas entre dos planetas aparte de la Tierra hacía este sistema extremadamente seguro. En la Luna, el plutonio era camuflado y entrado en la Tierra subrepticiamente, donde era distribuido. El negocio era seguro, y lucrativo.

-Sí, pero...

-Sé dónde quiere llegar. John Pops, que realizaba el trabajo aquí, era en realidad el jefe de la pequeña organización que él mismo había montado. Los que preparaban la extracción ilegal del plutonio en mayores cantidades debieron enterarse de ello y comprendieron que era un peligro para sus planes. Si lo de Pops se descubría y se realizaba una investigación en toda regla, ellos estarían perdidos. Por eso planearon eliminar a Pops.

-Entonces...

-Sí, todo fue planeado con este fin. John Pops no quería que nadie intentara arrebatarle el puesto y por eso (él mismo lo ha declarado) no había revelado a ninguno de sus colaboradores cómo se llevaba a cabo la operación, por lo que él era insustituible. Los otros debieron de saber también esto, y pensaron con lógica que, una vez eliminado Pops, los demás quedaban imposibilitados de hacer nada. Como no podían eliminarlo violentamente, pues ello hubiera traído consigo una minuciosa investigación de la policía, decidieron simular un accidente. Y no se les ocurrió mejor idea que sabotear el aparato en el que tenía que viajar.

-¡Es monstruoso! -murmuró Frank-. Sacrificar doce vidas ajenas a todo ello para matar a alguien que les estorbaba...

-¿Y cómo fue que el aparato de la compañía explotadora de la mina nos buscaba? -inquirió Slan.

-Sencillamente, porque quisieron convencerse de que todo había salido bien. No les buscaba a ustedes, sino a los restos del aparato derribado. Y en cambio se encontraron con ustedes mismos, que les hacían señas indicadoras de su existencia. Como a ellos les interesaba precisamente todo lo

contrario, los hombres que viajaban en el avión (simples peones en este juego) decidieron eliminarles ametrallándolos, cosa que les salió mal, con catastróficas consecuencias para ellos mismos. Luego, cuando los encontraron en medio del claro donde fueron más tarde rescatados, decidieron, en vez de matarlos, dejarlos morir en la selva, llevándose el maletín para evitar cualquier indicio delatador, caso de que fueran hallados más tarde sus cuerpos. Suerte que pudieron escabullirse de aquello gracias, en gran parte, a usted, Frank. En caso contrario, al final los otros se hubieran salido con la suya.

Slan dejó escapar una breve risa.

-¡Y pensar que desde un principio supuse que el sabotaje había ido dirigido hacia mí!

-No, ellos no sabían nada de usted; solamente les interesaba Pops (o Retty, que es su verdadero nombre). Fue una casualidad que coincidieran los dos en el mismo aparato. Una casualidad que no sé si calificar de afortunada o de desgraciada.

-Creo que quizás mejor lo primero -dijo Frank-. Al fin y al cabo, estamos ahora aquí, ¿no?

-Sí, claro, tiene razón. Y en parte gracias tan sólo a usted. Ya me ha contado mi hija todo lo que hizo por la expedición.

Involuntariamente, Frank sintió que se le enrojecían las orejas.

-Este, bueno, yo... En realidad, era mi obligación hacerlo. El piloto es quien debe asumir la responsabilidad en las situaciones de emergencia.

-Naturalmente, pero otro quizás no hubiera hecho lo que hizo usted. Mi hija me ha contado que le salvó la vida cuando el ataque del primer anóquero. Ella había tropezado y caído al suelo, y usted...

-Sí, claro, bueno, tal vez fuera así... -Frank sintió de repente unas ganas horribles de escabullirse de allí-. Bueno, comandante, creo que será mejor que me vaya. No me necesita ya para nada más de momento, y desearía descansar un poco, ¿sabe? Además, tengo algunas cosas que hacer y...

-Está bien, está bien. No es necesario que me diga nada; lo comprendo. Pero espero que esta tarde tenga un momento para venir a jugar conmigo una partida, ¿eh? Durante estos días he estado demasiado atareado, y, además, mi hija me ha dicho que usted se lo había contado y que no cree que yo le gane siempre al ajedrez. De modo que creo que se lo tendremos que

demostrar ante ella. ¿De acuerdo?

-Sí, sí, de acuerdo. Permítame...

Y salió de allí bufando. Cuando estuvo en el exterior se pasó una mano por el cuello de la camisa, como si tuviera calor. ¡Diablo de chica! Al parecer, le había contado a su padre las mil y una alabanzas de él. Y total, por lo que había hecho...

-Buenos días, señor Brady. ¿Cómo se encuentra?

Frank se volvió y se encontró cara a cara con Clara Hayes.

Hacía cinco días que no la había visto, desde que la acompañara a casa de su padre, apenas llegar a Colinas procedentes de Base Tierra. Y se dijo que estaba tan bonita como antes.

-¡Ah, bien! Perdone, no la había visto. Creía que se encontraba en su casa.

-Sí, pero he salido un momento. El calor, ¿sabe? Es horrible aquí en Venus. Se achicharra una. Le confieso que empiezo a añorar el baño que me di en la selva. No sé por qué, pero encuentro que los otros empiezan a no gustarme. Son demasiado... demasiado modernos. Poder nadar en un remanso de agua, en medio de árboles...

-Sí, tal vez sea cierto. Hay mucha gente que dice que no hay nada como la madre naturaleza. Y tal vez tengan razón.

Empezó a andar hacia su hotel, situado cerca del aeródromo, y la muchacha se puso a andar a su lado. Frank preguntó:

-¿Le gusta Colinas?

-En realidad, todavía no he visto nada de ella como para poder decir si me gusta o no. Estos días mi padre ha andado muy trastornado, de un lado para otro, por asuntos de su cargo, y no he podido prácticamente ver nada. Además, no encuentro ningún buen guía que quiera mostrarme la ciudad. Al parecer, los guías son muy escasos aquí.

-Sí, en Venus ésta es una profesión que no tiene porvenir. Es un negocio pobre. La mayoría de los turistas prefieren verlo todo por ellos mismos.

-Pero así se pierden lo mejor y más típico.

-A veces. Si lo desea, puedo recomendarle un guía excelente. Lo conozco personalmente, y puedo decirle que no encontrará aquí otro mejor porque es el único. Se llama...

La muchacha le interrumpió:

-Bueno, verá. Es que en realidad yo había pensado otra cosa.

-¿Ah, sí?

-Sí. Teniendo en cuenta que usted desea quedarse ahora un tiempo en Colinas, llamémosle en vacaciones, he pensado que quizás... Como ya demostró sus excelencias como guía en los pantanos...

Frank se detuvo. La muchacha, mirándole, le sonreía. Pensó que Clara Hayes había hablado mucho de él a su padre, que parecía tenerle en gran estima, que... En fin, no iba a ser tan tonto como para desaprovechar aquella ocasión única, se dijo. Esto estaba para otros, para él no.

-Tendré mucho gusto en servirle de guía -dijo-. Sí, estaré encantado de hacerlo. ¿Empezamos ahora mismo?

Y, sonriente, le ofreció el brazo a la muchacha. Ella lo aceptó, y juntos volvieron a reemprender la marcha por las calles de Colinas, en busca de lo típico, lo interesante y lo bonito de la ciudad...

Y otras cosas...

FIN

189

¡SERES MITOLOGICOS COMBATIENDO POR LA SUPREMACIA EN EL UNIVERSO!

Dan Theubis trataba simplemente de tomar un baño en aquella calurosa mañana de primeros de junio... y, sin saber cómo, se encontró trasplantado de pronto a un mundo que no era el suyo.

V. A. CARTER

el autor de las sorpresas, presenta una faceta distinta de lo que debe ser la ficción-científica, en

¡AYUDANOS, TERRESTRE!

la epopeya de un puñado de seres débiles y casi indefensos en su lucha contra la fuerza arrolladora de un Imperio Galáctico de nueva creación.

¿Qué podían hacer un pequeño grupo de personas en esta situación?

Nunca habían combatido, pero disponían del arma más poderosa: fe en la victoria.

V. A. CARTER

le deleitará con esta novela que se publicará en el próximo número de la popularísima colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: 3 pesetas

Notes

[←1]

"Medio" Arthur.

[←2]

Debido a la dificultad de las observaciones telescópicas de Venus desde la Tierra, es muy difícil determinar con exactitud su período de rotación, del cual se han hecho numerosas hipótesis, según las observaciones, variando éstas desde las veinticuatro horas hasta los 225 días. El autor ha escogido aquí la de treinta días (quince de día y quince de noche) por ser actualmente la que se considera más probable y más ajustada a la realidad. Con todo, hay que tener en cuenta que no es, ni mucho menos, exacta e inapelable.